

EUGENIO DIAZ ROMERO

Harpas

en el Silencio

MCM

G.Y. 473-8-20

GV 113
8-20

A mi querido amigo Enn^e
que sacia Vello, intelecto
tual de vuelo, dramaturgo.

Eugenio Díaz Romero.

1901

A la memoria de mi Madre

EN PREPARACIÓN--

Los Bárbaros:

Tragedia en 5 actos y en verso.



EUGENIO DIAZ ROMERO

Harpas
en el Silencio

MCM

DIVAGACIONES LÍRICAS

Á EDUARDO SCHIAFFINO

*N'est-ce pas? nous irons, gais et lents, dans la voie
Modeste que nous montre en souriant l'Espoir,
Peu soucieux qu'on nous ignore ou qu'on nous voie.*

*Ysolés, dans l'amour ainsi qu'en un bois noir,
Nos deux cœurs, exhalant leur tendresse paisible,
Seront deux rossignols qui chantent dans le soir.*

*Quant au Monde, qu'il soit envers nous irascible
Ou doux, que nous feront ses gestes? Il peut bien,
S'il veut, nous caresser ou nous prendre pour cible.*

VERLAINE.

ATRIO

Mon âme est une infante en robe de parade.

ALBERT SAMAIN.

Virgen medita-bunda, vírgen inmaculada,
Espíritu de ensueño, Ofelia abandonada,
Hostia pura y fragante de mis horas de duelo,
Forma que me remonta hacia el azul del cielo,
Perfume misterioso, inalcanzable aureola,
Caricia, flor, espuma, incienso, barcarola,
Estrella que en la noche encamina mis pasos,
Lámpara que alumbra mis dolientes ocasos,

Nombre que vibra al ritmo de mis evocaciones,
Ternura y amargura de mis divagaciones,
Sombras, grutas, misterio, vibración, armonía,
Imágen, esperanza, luz de luna, poesía,
Encajes, muselinas, frescos lábios de niños,
Blancas teces que evocan los primeros cariños,
Ondás de oro del lago oculto entre el bosque,
Filigrana de nieve, filigrana de encaje,
Dulzura incognoscible del espíritu triste,
Esencia, ánima pura, ilusión que persiste,
Vida única y breve, vida reparadora,
Vida grave y silente, vida consoladora,
Dadme el oro y la nieve, la fe, los azahares,
Dadme vuestras penumbras divinas como altares,
Dadme vuestras ternuras y vuestros asfodelos,
Brotados bajo el lento despertar de los cielos;
Dadme el oro y el raso de las lindas princesas,
El carmin de los lábios y el carmin de las fresas,
Dadme la melodía de las harpas extrañas,
El silencio adorable de las viejas cabañas,
Dadme vuestros ideales para mi pensamiento,
Para alzar mis cantares dadme el rumor del viento,
Dadme el rayo de nácar de la luna y la brisa

Que mueve los esquifes y las ondas irisa,
Dadme la transparencia de los pétalos blancos,
Dadme el ritmo y las gemas sùtiles de los cantos,
Que yo anhelo y quisiera derramar en mis versos
Y constelar con ellos todos los universos.

Lirios, lirios divinos, claveles, alabastros,
Perfumes de los parques, caricias de los astros,
Corolas de oro y seda, flor de las catedrales,
Coronas de las tumbas, paisajes aurorales,
Cabellera opulenta suelta sobre la espalda,
Despertar de los ojos de color de esmeralda,
Revelación secreta de la augusta belleza,
De las almas enfermas dolorosa tristeza,
Decidme vuestros sueños y vuestras amarguras,
Decidme los encantos de las glorias futuras,
Poned en los collares frágiles de mis rimas,
La tranquila dulzura del valle y de las cimas,
Dadme vuestras aromas y vuestras palideces,
Dadme la seda fina de las más finas teces,
Y vereis en mis versos, caravanas de sueños,
Noches, albas, crepúsculos, horizontes risueños,

Penumbbras de glorietas, rosas de primavera,
Cosas blancas que mueren de duelo en la ribera,
Cuellos surgiendo airosos de los amplios brocados,
Pastores de sonrisas, seres enamorados,
Dadme todo eso, noche, para mis fantasias,
Dadme todo eso, vida, para mis armonías,
Que yo soy un cruzado del ideal verdadero,
El gran apasionado de los mundos de Homero.

Yo cantaré en mis versos la noche misteriosa,
La noche de oro y plata, la noche voluptuosa.
Yo iré bajo la bóveda de los templos oscuros
A orar por los que sufren en los lechos impuros;
Lloraré con vosotros, pobres enamorados,
Espíritus enfermos, diré vuestros pecados,
Marcharé entre la sombra y bajo las estrellas,
Que lloran sin que nadie se conduela con ellas.
Yo tejeré en silencio, melancólicamente,
Las rosas que mis manos pondrán sobre su frente.
El ámbar de las tardes y el llanto de los ojos,
Desviarán de mi senda de esfuerzo los abrojos.
Yo evocaré el acento que se queja ó implora,

El alma cuando presa de la amargura llora.
Yo quemaré la grata mirra de mi incensario,
Y bañaré mi alma dentro de algún santuario,
Que conozca mis duelos y mi desesperanza,
Que sepa hasta qué límite su indiferencia alcanza,
Y diré de tristezas profundas como heridas,
De inanimadas cosas y de cosas dormidas. . . .

LA PALABRA FUTURA

Et les bûchers flambant, multipliés, dans l'air
Fétide, consumant la pensée et la chair
De ceux qui, de l'antique Isis levant les voiles,
Emportaient l'âme humaine au delà des étoiles.

LECONTE DE LISLE.

La gran voz de los montes milenarios resuena
Convocando á los pueblos heróicos, á la arena
Regada por torrentes de profícuos sudores.
Un clamor de florestas se alza entre los albores
Que anuncian la divina proclamación del día.
Del lejano horizonte brotará una armonía

Que llenará los cielos todos del Universo
Y pondrá un ritmo nuevo en el ritmo del verso.
Es una aurora cuyos resplandores abarcan
El orbe y cuyo límite los viajeros no marcan;
Una aurora que sangra como un brazo homicida
Al transponer las cumbres áridas de la Vida.

..

El Tiempo, venerable y viejo peregrino,
Ha abierto en el silencio de la Noche un camino
Que baña el Sol naciente y el Crepúsculo dora.
El Tiempo ha preparado en la bruma una aurora
Cuyos destellos tienen esplendores de fuego.
La tierra se ha impregnado de un saludable riego.
Ha escuchado que brisas terriblemente hurañas
Ponían en los árboles conmociones extrañas.
La tierra se ha llenado de admirables cosechas.
Ha abierto en sus entrañas gigantescas las brechas
Por donde el alma augusta del poeta vislumbra
Un cielo luminoso y una vaga penumbra,
Entre cuyo misterio, que el porvenir enciende,
La Fe, sus estandartes de redención extiende.
La Noche, que es la duda porque se enluta el cielo,

De un coro de palomas ha contemplado el vuelo.
La selva, el mar, el viento, la nube, el horizonte,
Todo lo gigantesco,—la llanura y el monte—
Han visto que un espectro surgía del abismo;
Que el espectro luchaba por salir de sí mismo;
Que la mies en el antro de la tierra germina;
Que una nave, armoniosa como un harpa, encamina
Su marcha vencedora hacia el azul distante;
Que una voz ha sonado anunciando el instante
En que todos los pueblos, de pié sobre la gloria,
Alcen un mismo canto de gracia y de victoria;
Que la dicha en el alma de los seres se esconde
Como un astro lejano en el cielo, de donde
Descienden los perfumes de las blancas estrellas;
Que la tierra está llena de dolorosas huellas;
Que trás de la blancura hay un sangriento rastro;
Que por sobre las cumbres ha despuntado un astro;
Que hay frentes fatigadas como lámparas mustias
Que hay en las almas pobres sollozantes angustias;
Que hay lúgubres harapos en mansiones fastuosas;
Que hay lechos impregnados de heliotropos y rosas;
Que hay cunas virginales ausentes de cariño;
Que hay almohadones persas sobre pieles de armiño;

Que hay tristezas de siglos en ciertos corazones;
Que hay vidas solitarias, huérfanas de ilusiones;
Que no siempre los lábios dulcemente sonrien;
Que hay quejas que en el aire de la noche deslien
Congojas más amargas que el aullar de los perros;
Que hay ojos en las cimas ásperas de los cerros
En señal de una grande luminosa esperanza
Que sobre el horizonte á distinguir se alcanza;
Que la noche ha traído generosos mensajes
Envueltos en los pliegues ámplios de sus encajes;
Que el alma de los pueblos se ha agotado de pena
Al ver cómo es de larga y fuerte la cadena
Puesta sobre sus sienes á manera de un yugo;
Que aún existe el tirano, que aún existe el verdugo;
Que aún hay sobre la tierra sacrificios enormes,
Tinieblas, conmociones de rebaños informes,
Brazos que se levantan empuñando banderas
Hinchadas por el viento libre de las praderas;
Que á pesar del sudario y luto de los siglos,
Del vasto hacinamiento de luchas y vestiglos,
Del rojo panorama que la Historia describe,
De la piedra en que el hombre sus conquistas inscribe
Mostrando á las edades futuras sus ejemplos,

Así sus ornamentos portentosos los templos,
De todo lo que el hombre creador ha formado,
De todo lo que el hombre destructor ha volcado,
Angustiosos gemidos, como de un tren de guerra,
Se alzan sobre el divino aroma de la tierra.
Todo eso ha vislumbrado ó visto el elemento.
Todo eso ha sorprendido como un gran pensamiento
El alma de los pueblos en su existencia grave.
Todo eso ha flotado—como un hálito suave
O fulgurante—dentro de lo que ellos construyen.
Las horas de la Historia sucédense y no huyen
Del todo, sin grabarse inextinguiblemente.
El Tiempo es erudito. Diríase una frente
Sobre la que los años han nevado sus canas;
Un libro que nos habla de las luchas humanas,
De espasmos, de delirios, de sueños y grandezas,
De guerras fratricidas é insólitas tristezas;
Un libro en cuyas hojas toda la ciencia cabe,
Que ha trazado los rumbos á la futura nave,
Que ejecuta y medita como un hombre inspirado,
Que muestra á las naciones un camino surcado
Por benéficas mieses y saludables voces:
Como la tierra el Tiempo necesita las hoces

Que abran nuevos caminos y nuevos derroteros
Y preparen los frutos buenos y verdaderos.

La Historia enseña al mundo los brazos victimarios,
La tumba de los héroes eternos, los calvarios
Regados con la sangre ofrendaria del hombre.
Cada piedra revela un enigma ó un nombre
Ante cuyo recuerdo la palabra enmudece
Como ante algo confuso que en la sombra se mece.
Las selvas, las montañas, dicen sus enseñanzas,
Los bosques atestiguan tenebrosas venganzas,
Los valles y praderas gimen sus elegias,
Los pueblos rememoran espantosas orgias
De sangre, por el estro del artista alabadas;
La Historia alza á las nubes sus siniestras portadas.
Las trompetas de bronce aún sobre el mundo suenan,
Mas al oír sus sonos angustiosos, se llenan
Las almas, de un silencio que la Vida conoce
Como un acongojante crepúsculo de goce.
Pero el Pueblo á la lucha del porvenir se apresta
Cual para una sonora y prodigiosa fiesta.
Sabe que su pasado es tenebroso y triste,

Que su cuerpo, de harapos el poderoso viste,
Que para sus heridas y torvas amargas
Todo el alivio es poco. Él quiere las dulzuras
Para todos los seres que el Universo crea;
Quiere que la Esperanza nazca, como una idea
En todas las cabezas, que no haya quien nivele
Los hombres, más que una alma, que es la de él mismo, vele.
El Pueblo se levanta como un himno de gloria.
Él conoce la inmensa lobreguez de su historia,
Él sabe que los campos, los ríos, los jardines,
Están llenos de sonos épicos de clarines,
Pero que esos rumores como un lábaro, espantan,
Que no arrullan, no aduermen, no subliman, no cantan.
Que en el Pasado, fuente donde la bruma flota,
Existe la semilla de su negra derrota.
Que el Porvenir vislumbra divinas claridades,
Que su alma está llena de lejanas saudades,
Que su voz ha adquirido un inmutable acento
Desde que esos rumores sonaron en el viento.

Y el Pueblo ha despertado de su hondo letargo
Como de un sueño triste, fatigoso y amargo.

—Grecia, Roma, Cartago, Nínive, Babilonia,
Tumbas del gran Egipto, Méjico y de Polonia:
—¿Dónde están tus riquezas, dónde tu poderío?
Dice la voz del pueblo irritado y sombrío:
—Cayeron, clama el viento, bajo el golpe del fuerte,
Cayeron bajo el hacha terrible de la Muerte.

La historia enseña al orbe su pasado angustioso,
Los sudores de sangre del Pueblo tenebroso.
Hoy el Pueblo está alerta. El Porvenir lo llama
Desplegando en el aire su gigante oriflama.
Él no quiere la hoguera ni tampoco el cadalso.
El tormento es un crimen cuyo provecho es falso.
Todo lo que es divino es de Dios y está bueno.
—Lo blanco y lo inviolado nacieron de su seno—
Y Dios quiere que todos beban su vino augusto,
Que se borre del mundo todo principio injusto,
Que sobre la Esperanza, en toda alma suspensa,
Florezca la caricia de su mirada inmensa.

Hermanos, el reinado de la luz es el vuestro.
La Historia os ha mostrado el camino siniestro

Por el que vuestro cuerpo lamentable ha rodado.
Vuestras hondas heridas largo tiempo han sangrado.
Ya ha sonado la hora de que las harpas vibren,
De que á las grandes luchas vuestras frentes se libren,
De que la Primavera ofrende sus fragancias
Y también á vosotros brinde sus elegancias.
El poeta ha sentido ante vuestra presencia
No sé qué misteriosa y singular urgencia
De arrancar á su lira unánime una nota,
Musicalmente grave, sublimemente ignota,
O un arpeggio que fuera como un trueno del Mar.

IMÁGENES DE LA SOMBRA

Musicienne du Silence.

MALLARMÉ.

La luna se levanta en un cielo de oro.
Enmudece la noche en el bosque sonoro.
Es la hora silenciosa de las meditaciones,
De las graves tristezas, de las ténues canciones.
La sombra está impregnada de reflejos de luna.
Gimen los clavicordios de la triste laguna.
Los violines dormitan en la oculta floresta.
La noche está vestida con su traje de fiesta.

Llueve sobre la seda de las blancas corolas
Y sobre las arenas de las márgenes solas,
El llanto de la noche, constelada de estrellas,
De rumores lejanos y tímidas querellas.
Abre su ánfora de oro la flor de la pradera
Fragante y esparcida como una cabellera.
Debajo los sauces que coronan el lago
Una blancura anuncia lo eucarístico y vago.
El ritmo de la noche, extrañamente pura,
Se oye como un acento doliente de amargura.

La luna se entristece é interroga al espacio
Lleno de aroma y nieve, de anátista y topacio.
El perfume del parque y el rumor de la fuente
Se mezclan en el aire, melancólicamente.
Surge de las riberas soñolientas del río
La dulce melodía de las noches de estío.
Diríase que la calma estremece sus alas
Debajo aquella gloria de fabulosas galas,
Y que lo inanimado se conmueve y encanta
Al compás del nocturno que el Silencio levanta.

Noche reveladora de fragancias secretas.
Noche que adoran siempre los extraños poetas.
Héme aquí ante las puertas de tu iglesia de sombra.
Mi alma como á un amigo de otros tiempos te nombra.
Quiero gustar el vino de tu cáliz divino.
Quiero que me conduzcas hacia un bello destino.
Quiero leer en tu libro de celestial encanto
Lo inviolable y lo puro, lo místico y lo santo.

Oh! noche si derramas tu saludable calma
En mi ser y restañas las heridas de mi alma
Con tu soplo fecundo, con tu cálido aliento,
Presagio para ella un dulce advenimiento.
Verás cómo la pena que el sufrimiento labra
Huye bajo el acento de tu grande palabra.
Verás cómo en mi vida florecerán las rosas,
Cómo sabré el misterio de las más hondas cosas.
Y pues que de todo eso tu espíritu está lleno,
Puesto que todo habita dentro tu propio seno,
Puesto que todo nace debajo del inmenso
Pabellón de tus sombras, en el éter suspenso,
Yo seré de esas sombras bienhechoras el hijo:
Y besaré, si quieres, tu mismo crucifijo.

Cubierto entre las ondas largas de tus crespones
Arrancaré á la lira enigmáticos sonos,
Y todo lo que el cielo primaveral ostenta,
Todo lo que de bello el universo cuenta:
El vino, las mugeres, la gloria, la armonía,
Las gemas prodigiosas de la eterna poesía,
Serán para mí el éco de un grandioso resumen,
El fruto sorprendente de un formidable númen:
Serán los codiciados productos de tí misma
Oh! noche en cuyo seno mi espíritu se abisma!

Noche, noche poblada de rumores dispersos,
Empolvada de oro, constelada de versos.
Noche pura y fragante que acongoja y alegra,
Noche azul, noche blanca, noche gris, noche negra.
Noche que anhela el pobre para esconder su duelo
Regado por el llanto compasivo del cielo.
Eres para mi alma como una agua divina.
Como el canto de una ave en la fiesta argentina
Regida por el carro imperial de la aurora.
Yo amo en tí la fragancia que adivina el que llora.
Tu espíritu formado de bruma y de misterio

Vibra como las cuerdas sonoras de un salterio.
Tu alma caritativa que entiende el infinito
Cobija entre sus pliegues la leyenda y el mito.
Dentro de tu grandeza y tu vasta negrura
Flota como un alivio de agradable frescura.
La ruda sacudida de tus negras tormentas
Y el airado relámpago que en tu cólera ostentas,
No dan más que una idea de tu enorme grandeza.
Pensamientos sublimes surgen de tu cabeza.
El harpa de los bosques canta tu sinfonía.
El órgano del viento solloza tu alegría
Con un éco impregnado de celoso cariño,
—Tal la voz de la infancia en la cuna del niño—
El vidente y el justo, mártires de calvario,
Alzan en tu reposo divino su incensario.
El artista, que á veces suele invocar en vano,
Y el triste sacerdote del ideal humano,
Ofrendan ante la gloria de tus altos altares
Perlas maravillosas en sus blancos azahares.
Tú eres pues el aliento que al espíritu inspira,
El perfume de oro que despierta la lira.
Eres lo más excelso, eres lo que Dios ama.
Tu ventura infinita flota como una llama

Dentro de su serena soberanía augusta.
Quién no teme el enojo de su cólera justa?
Quién la gloria del cielo ante su pompa alaba?
El cielo es más hermoso cuando la luz se acaba.
La luna y las estrellas que unen un mismo encanto
Fulguran á medida que se extiende tu manto.

Tu pabellón sombrío es para mí risueño.
Ampara lo que ama mi celestial ensueño.
Y mi ensueño se puebla de más ámplios vislumbres
Cuando tus paños negros bajan sobre las cumbres.

Yo quisiera expresarte mi amor, pero no puedo;
Tu presencia me abrumba de admiración y miedo.
Tu inmensidad en donde la humanidad se encierra
Es como el cielo raso que cobija la tierra.
Delante del imperio de tu fábrica enorme
El hombre es un gusano miserable é informe.
Todo humano vestigio revela tu cimiento.
Los astros se formaron al calor de tu aliento.
El Universo, cumbre que engendró tu heroísmo,
Es el puente de oro que separa tu abismo.

Tu amor es misterioso como el de los leones.
Llena de un vino augusto todos los corazones.
Cuando el humano espíritu se circunda de abrojos
Tú vienes, suavemente, á cerrarle los ojos.
No hay flor que no se abra de supremo alborozo
Al sentir en el aire tu gigante sollozo.
La lira del crepúsculo, que hace gemir tu duelo,
Canta bajo la gloria mágica de tu cielo.
Oye cómo el ramaje que cubre la floresta
Saluda al harpa eólica de tu lírica fiesta.
Oyé cómo se puebla de rumores extraños
La selva que conoce la aurora de los años.
El alba te presiente y por eso te arroja.
El alba como un lirio de Octubre se deshoja.
La alba forma en el cielo luminosos jardines
Donde lloran motivos flébiles tus violines.

El que ame la hostia de sagrada blancura,
Amará tu tristeza, amará tu negrura.
Tu negrura es hermosa como los serafines.
Las estrellas son lirios de tus mismos jardines.
Yo amo los silencios que emergen tus riberas.

Yo amo tus plumajes y tus enredaderas.
Mi espíritu de aromas enervantes se baña
Si asciende en el misterio de tu inmensa montaña.
Mi amor halla en tu seno infinitos espacios,
Sueña más dulcemente en tus ricos palacios.
Mi corazón bravío como un mar se constela
Si en sus aguas la luna sintetiza su estela.
Yo seguiré tus pasos como á un alto monarca.
En tu lago de sombra amarrearé mi barca.
Iré, mientras existan llantos y desconuelos,
A interrogar tu enigma y gustar tus consuelos.

Yo sé que tus girones cubren los corazones;
Que alivian tus ternuras y tus lamentaciones.
Yo sé que una pobre ánima visita tus boscajes
A la hora en que se extingue la voz de los follajes.
Yo sé noche estrellada, noche pura y vibrante
El ritmo que traduce tu mágico olifante,
El divino secreto que no dicen tus lábios,
Y el misterio adorable de tus dulces agravios.
Por eso, noche suave, te amo y te interpreto,
Por eso sé la clave de tu oculto secreto,

Por eso en tu silencio, mi corazón levanta
La oración y el arrullo que tu espíritu canta.
Por eso noche triste de los desamparados,
Por esa noche buena de los enamorados,
Viene á turbar tu ensueño mi acento dolorido,
A volcar sus congojas mi espíritu afligido,
Y á postrarse de hinojos en tu inmenso santuario,
Mi corazón enfermo, doliente y solitario.

INVITACIÓN SENTIMENTAL

Si lamento en la noche adversa mis congojas
Margaritas y lirios sobre mi alma deshojas.

Tu voz temple la lira de mi espíritu triste.
Tu voz es la caricia que á los huérfanos viste.

Sobre el lago más puro de los cielos erremos
Y en las ondas azules del ensueño boguemos.

Los dos somos un éco de una misma armonía,
Junta pues tu cabeza artística á la mía.

Bajo la azul mirada que el espacio suaviza,
Tu figura se esfuma, se pierde, se idealiza.

Alzaremos un blanco, luminoso palacio
Bajo la prodigiosa clámide del espacio.

Vierte en mi alma el aroma de tus rubios cabellos
Oh! adorada y acoje mis acordes más bellos.

Tus lábios son dos pétalos de una rosa encendida,
Tu espíritu una fuente llena de sueño y vida.

Tú serás quien inspire mis prosas, mis secuencias,
La vírgen á quien diga todas mis confiancias.

Tus ojeras son verdes, verdes también tus ojos,
Y grande la dulzura que manan tus antojos.

Yo conozco tu espíritu, tú conoces el mío,
Y ninguno conoce la nieve del hastío.

Para tu cabellera yo cojeré las flores,
Y para cantos tristes te daré mis dolores.

Un jardín breve y raro te ofreceré en mi rima
Y anillos de oro fino hechos en verso ¡oh Mima!

Mi universo es el cielo, los lagos, las florestas,
Tu amor, tus sueños, todos tus cantos y tus fiestas.

Del timbre de tu acento tengo adorada orgullo
¿No es cierto que no existe aroma como el tuyo?

Yo embriagaré tu alma de extraños embelesos.
Del ideal amoroso sentirás los excesos.

Donde quiera que vayas divisaré tus alas,
Revestiré tu alma de singulares galas.

Iré en pos del zafiro lírico de tu ensueño.
Tejeré, con dulzura, los hilos de tu sueño.

Adoraré lo que ames, lo que tu pecho sienta,
Lo que tu encantadora alma grave sustenta.

Y ante la pedrería de las noches astrales,
Buscaré tus pupilas y tus manos liliales.

HARPAS LEJANAS

Voici monter la mort dans les adieux des soirs

EMILE VERHAEREN.

La noche está impregnada de silencio y ternura.
Hay rimas en los parques que ahuyentan la amargura
Sobre las ondas tersas de un lago, se diría
Que el alba ha derramado su más dulce armonía.
La estrella de mis sueños en el éter ondula.
El viento, entre los árboles, vagamente circula.
El bosque tenebroso ha acallado su acento:
No se oye entre sus ramas el siniestro lamento.
El pájaro dormita, se entreabren las corolas
Bajo el ala del viento, que acaricia las olas

De un río, festoneado de reflejos ideales
Como las melodías de las noches astrales.
Es la hora de mis sueños, noctámbula imposible,
Ante mis ojos dulce, virginal y terrible.
Es la hora en que su frente divinamente pura
Trae á mi alma toda su más vaga blancura.
Es la hora en que la calma nocturnal diviniza
Su voz que al aire mismo embalsama y hechiza,
En que todo me habla, me canta y me suspira
Puesto que toda mi alma en su alma respira.

Sonrisas, hojas secas, divinas primaveras,
Rosas recién cortadas de las verdes praderas,
Y todo cuanto alumbra, resplandece y encanta
Siento que poco á poco en mi sér se levanta.
Su voz, su cabellera, sus amables sonrojos,
La risa de sus lábios y el oro de sus ojos;
La vaga melodía de los suaves violines
Sonando bajo un pálido de rosas y jazmines;
El ruido de la seda, como un roce de alas;
La luz que inunda y llena de colores las salas,
Las flores que dormitan en el búcaro de oro,

El pájaro que canta en su idioma sonoro
Y dulce, como un coro de vírgenes divinas
O una florescencia de notas argentinas;
El órgano que vibra en la oculta floresta;
Las flautas que murmuran alegrando la fiesta;
El rostro guarneciendo su blancura de cirio
Detrás del abanico pálido como un lirio;
La brisa que penetra suavemente en el alma
Y llena á un tiempo mismo de dulzura y de calma;
El cisne que reposa en la márgen del lago
Y tiene no se qué de eucarístico y vago;
En fin, lo que resuena, lo que brilla ó alumbra,
Lo que está bajo el ala débil de la penumbra,
Y todo lo que es forma, vibración, armonía,
Imágenes, ensueños, aromas y poesía,
Trae á mi alma el recuerdo de sus labios de fresa,
De su cuello de nieve, como el de una princesa,
Del oro prodigioso de sus largos cabellos,
De las noches de luna, cruzadas de destellos,
Del éco de su arrullo, de su grave sonrisa,
Del parque, de la alondra, de un clavel, de la brisa
Rozando, como un soplo moribundo y silente,
La seda de sus hombros y el mármol de su frente;

De los largos paseos á la orilla del río;
Del viento que sacude fuertemente el navío;
De los dulces abrazos á través del sendero,
Desnudo y fulgurante como una hoja de acero;
Y, por fin, de una tarde, tarde mística y triste!
Que sólo en mis recuerdos dolorosos existe;
De una tarde de otoño, sin calor, destemplada,
De hojas amarillas solamente surcada,
Y en que, unidos, unidos, como dos que se aman,
Y que amorosamente se acarician y llaman,
Ibamos, silenciosos, bajo un cielo de seda,
Cruzando los jardines de la triste alameda.

Y fué allí, sobre un banco, en la grande avenida,
Que á la paz del recuerdo y el silencio convida,
En donde su pobre alma me dijo sus amores,
Sus extrañas dulzuras, sus secretos dolores;
Sí, fué allí, junto al lago y bajo del ramaje
De un árbol recamado como un rico plumaje,
En donde nuestros labios tristemente se unieron,
En donde sus palabras lentamente se oyeron,
En donde yo bendije la infinita ventura

De morir cuando se ama la primera blanca,
De morir cuando un astro melancólico baña
Dos frentes pensativas en la misma montaña.

Y allí, sobre aquel banco, con las manos unidas,
Y como suspendidos en dulzuras prohibidas,
Vagaron nuestras almas, visitaron países,
Jardines recamados de heliotropos y lises;
Desplegaron las alas mágicas del ensueño,
Bogaron en el lago hecho de oro y de sueño,
Hasta que al fin un harpa, soñolienta, lejana,
Fué extendiendo en el aire su pompa soberana,
Y el astro solitario y puro del espacio
Construyendo en las aguas su divino palacio.

PROCLAMACIÓN

Tragiques, ils avaient l'attitude du rêve.

HUGO.

Como surgen las islas del oceano,
Como surge el condor de la montaña,
Como surge la aurora de la noche
Y de la aurora el sol, lirio de llamas,
Como surgen los senos de una vírgen
De su límpida túnica de plata,
Como surge el acento de la lira
Y el monte en la llanura dilatada,
Como surgen los pálidos luceros

De las noches más negras y más trágicas,
Así surge la idea del cerebro,
Y así surge el clamor de las borrascas,
Y así surgen los astros de los cielos
Y la egregia corona de las palmas,
. . Y así surgen las frentes misteriosas
Cinceladas de arrugas que anonadan,
Y que hacen que el espíritu se eleve
Del recuerdo sin mácula en las alas;
Y así tu frente Juventud se yergue
Sobre todas las frentes y las almas,
Sobre todas las grandes multitudes,
Sobre todas las rocas y las águilas,
Porque tu brazo Juventud es firme,
Porque tu testa Juventud no es calva,
Porque tus labios Juventud no mienten,
Ni mancillan, ni adulan, ni profanan,
Porque tú tienes Juventud la lira,
Porque tú tienes Juventud la espada,
Que vela por el alma de los pueblos
Como una evocación sobre una estatua;
Porque tú eres más bella que la aurora
Cayendo sobre el mar y la montaña,

Porque tú Juventud eres la idea,
El sol, la lumbre, el corazón, el alma.

Yo te he visto flotar en mis delirios
—Tal una roja enseña de venganza,—
Alta la frente, la cabeza ruda,
La cabellera tenebrosa y amplia
Reclinada en la frente sudorosa
Como la tempestad. Nunca inclinada
Ni ademán cobarde ó doloroso
Imaginé tu frente prometeana;
Tu frente en que revientan las auroras,
Donde la luz del pensamiento salta,
Donde la fe del porvenir fulgura
Como una estrella solitaria y blanca.
Yo te he forjado en mis ensueños, regia,
Yo te he forjado tempestuosa y brava,
Yo te he soñado Juventud, sonora
Como una selva impenetrable y casta;
Yo te he entrevisto en mis delirios toda
Llena de luz, magnificencia y gracia.
Yo te he mirado con el ceño adusto

Y con la frente como un lirio, pálida,
Yo te admiré cubierta de laureles,
Como una virgen de brocado y gualda,
Y desde entonces palpitar te siento
En mi espíritu audaz como una espada,
Y desde entonces como á un Dios te escucho,
Y do quiera que vas sigo tus plantas,
Y pienso que tu espíritu insurgente,
Insurgente y viril como las águilas,
Y pienso que tu lábaro de gloria
Y que tu roja inextinguible flámula,
Flotarán sobre todos los espíritus,
Flamearán sobre todas las murallas,
Porque todo se aduerme y se estremece
Bajo la gran caricia de tus alas.

Cuando lleguen las noches tenebrosas,
Las noches más oscuras y más largas,
Cuando la duda extienda ante tus ojos
La impalpable negrura de sus alas,
Cuando la envidia deleznable intente
Morderte el pecho, emponzoñar con baba

Asquerosa tu espíritu sublime,
Cuando sientas tus fuerzas desmayadas
Y entre una y otra ráfaga de viento
Oigas bramar una alma encadenada,
Cuando sientas rugir entre tu pecho,
—Así el pampero entre las fuertes ramas,—
La tormenta interior, hosca y sonora
Como del mar la gigantesca espalda,
Cuando sepas en fin lo que es el hambre,
Lo que es la sed, el odio y la venganza,
Desplega tus bravíos estandartes,
Símbolos son de la potencia humana,
Trepá á la cumbre, decidida y noble
Que el porvenir augusto te acompaña,
Y sube Juventud, sube á la cima,
Más alto que un peñón sobre la nada,
Que desde aquí, del suelo, los que queden
Saludarán tus altas oriflamas,
Aclamarán tu vuelo los poetas
Desplegando en el aire tus hosannas,
Y yo entre tanto, Juventud te ofrendo
Una hostia limpia como un sol: mi alma.

De las noches glaciales y sombrías,
De las noches más negras ó más pálidas,
De los lóbregos días de la historia,
Y los grandes dolores de las razas,
De la gran conmoción de las ideas,
Semejante al chocar de las espadas,
De los tristes conjuros de los pueblos
Como gritos de mar sobre las playas,
De los altos y fuertes parapetos
Circundados de piedras y bombardas,
Tú surges Juventud como una estrella,
Y viertes un licor, como del alba,
Te levantas soberbia y magestuosa
—Tal una frente de laurel ornada,—
Despiertas á los pueblos varoniles
Y dás á los que sufren esperanza,
Infundes en los pechos el corage,
Sacudes al que tiembla en la batalla,
Y vibran tus clarines formidables,
Y alientan tus banderas y tus lanzas,
Y brillan en tus puños los aceros
Como vivos relámpagos de plata,
Y ensordecen el aire tus tambores.

Y la muerte vomitan tus metrallas,
Porque tú que eres símbolo eres fiera,
Porque tú que eres símbolo, eres brava,
Porque tú Juventud eres más fuerte
Que todas las tormentas de las razas,
Que todas las remotas soledades
Y las noches más tristes y más trágicas.

A veces he sentido entre mis sueños
Palpitar una voz á la distancia,
Y he sentido cruzar por mi cerebro
Como una gran constelación de plata,
Y he escuchado preludios y rumores
Como si fuera á despertar el alba,
Y he sentido pasar tus paladines
Armados con el hierro y con la escala
Como si fueran á escalar las cumbres
Donde tan sólo el pensamiento alcanza;
Y esa voz Juventud era la tuya,
Tu voz, tu voz que sin cesar me llama,
Y ese vago preludio, esa armonía,
Y esa constelación, nueva y extraña,

Eran gratos preludios de tus lábios,
De tus lábios como hostias consagradas,
Y era tu idea que bajaba envuelta
Entre una nube de esplendentes llamas,
Y eras tu Juventud, eras tu misma,
Era tu vasta procesión de águilas,
Que los lejanos montes descendían
Agitando soberbias oriflamas.

NOCHES DE FIESTA

Je t'attends sur le seuil où le soir est plus sombre
Que tout le crépuscule où ta douleur frissonne;
La demeure où j'accueille est la maison de l'ombre,
Et mon visage est grave en face de l'automne.

Oh! laisse-moi rentrer dans la vieille demeure,
Je suis celui qui prie et qui pleure.

HENRI DE RÉGNIER.

Bajo la fulgurante luz de una sala antigua
Que pasados ensueños y triunfos atestigüa,
Entre el deslumbramiento del oro, los brocados,
Finas tapicerías y rojos cortinados,
Arrullada por una música encantadora,
La ví. Sobre sus sienes caía, triunfadora,
La noche luminosa de sus largos cabellos.
Afuera, en las terrazas, sus acordes más bellos

Desleía la orquesta, bajo el cálido ambiente
De la noche surcada de luz, extrañamente.
La ilusoria esperanza de mis primeros años,
Llevada por los dulces horizontes extraños,
Cernióse derrepente sobre su alma ignota.
Al verla, á pesar mío pensé en la Asia remota,
En sus fiestas suntuosas, sus danzas, sus mugeres,
Sus sueños, sus delirios, sus pompas, sus placeres.

Ignoraba su nombre, mas no así sus sonrisas.
Sus palabras vibraban rítmicas en las brisas.
Esa noche vestía de color lila y rosa.
Su figura flameante, fina, maravillosa,
Recordaba las raras figuras delicadas
De las vírgenes blancas, bellas, enamoradas.
Al pasar entre antorchas y bruñidos espejos
Sus cabellos tenían luminosos reflejos:
Tal el rayo de oro que se quiebra en el vago
Azulado elemento de las ondas de un lago.

Sobre la alfombra roja van los piés argentinos.
Nadie piensa esa noche en amargos destinos.

Las amplias colgaduras dicen no sé qué cosas
Junto á los candelabros y las cosas añosas.
Los lirios, los claveles, las dalias, las verbenas,
Los jazmines, las lilas, las rosas y azucenas
Languidecen de pena en los viejos jarrones.
La alegría enervante nace en los corazones.
Despiertan, dulcemente, como de una floresta,
Los alados acentos de la mágica orquesta
Cuyos écos desmayan, melancólicamente.
En las salas desfilan las damas, gravemente.
Las niñas atraviesan ante los caballeros.
Los deseos se encienden como finos aceros.
Y pasan, pasan llenos de suprema dulzura,
Poseidos de una sorprendente locura,
Ante la prodigiosa belleza circunstante.

Y mi alma se entristece en ese mismo instante,
Mientras que de las grutas llegan gratos rumores,
Perfumes excitantes de las más puras flores.
En la noche serena Aldebarán despunta.
Y mi alma con la de Ella, blancamente, se junta.

Trascurrieron las horas y se extinguió el murmullo.
Cesó la risa, el vino, los goces, el orgullo,
Mas en mi alma quedaron sus palabras supremas,
Y en mis ojos el fuerte resplandor de sus gemas.
Fué inútil que quisiera olvidar su arrogancia,
El blancor de su cuello, su exquisita fragancia,
Lo que ante nuestros ojos brillaba ó se extendía.
Un solo pensamiento en mi frente nacía,
En mi lira un arpegio, en mi cielo una estrella:

Y todo eso, Dios mio, provenía de Ella.

Anoche fulguraban otra vez en la sala
Y en el jardín cien blancas antorchas de Bengala.
En el parque y la gruta, recamados de flores,
Oscilaban faroles de variados colores.
A ratos se extendían rumores de violines,
Quejas inusitadas muriendo en los jazmines,
Flameantes algazaras que el aire desplegar,
Ternuras que en la noche silenciosa flotaban,
Supremos juramentos de espíritus amantes
Y cosas misteriosas, leves, agonizantes . . .

La luna se elevaba en la sombra estrellada.
Sobre el blanco palacio caía, cincelada
A manera de una perla maravillosa
La luz blanca de un astro. Dentro, junto á la hermosa
Ventana, mi adorada yacía. Lentamente
Las niñas, consteladas de rubores la frente,
Danzaban, armoniosas, bajo sus cabelleras.
Morenas, leves, rubias, con violáceas ojeras,
El alma delicada, los cabellos sedños,
Los ojos impregnados de sutiles ensueños,
Finamente amorosas, dulces, incomparables,
Propicias á los goces voluptuosos y amables,
Cruzaban esfumadas en la rara belleza
Con que las aureolaba la gran naturaleza.

Más que ninguna hermosa Ella dejó su asiento
Y pasó ante mi lado. Sobre mi sentimiento
Sentí la maravilla de sus deleitaciones.
Era como una de esas angélicas visiones
Con que nuestra ternura á veces se sorprende
Y á pesar nuestro el fuego del espíritu enciende.
Puse en ella mis ojos y me hirió su hermosura

Grande como la de una palpitante escultura.
Quise hablarla y las frases de mis labios huyeron;
—Desdenes cual los suyos nunca los hombres vieron—
Mi sueño y mi esperanza se nublaron de llanto;
Y como alma que escucha su propio desencanto
Al través de una historia confidencial y triste,
Mi alma de amargura soñadora se viste,
Y vá en pos, vanamente, de la mágica aureola
Que al sentirse admirada se esfuma como una ola.

Y como ave que busca en la noche su nido
Ó la fiera que huye del cazador temido,
Mi espíritu vagaba de una sala á otra sala.
Á veces divisaba leves vuelos de alas,
Formas fantasmagóricas, ilusorios mirajes
Que se desvanecían detrás de los boscajes,
Hasta que al fin perdida la lejana esperanza
Pensaba ¿quién la dicha disfruta y quién la alcanza?
¿Es que sobre los hombres solo la duda impera?
Y el ritmo, la alegría, el sol, la primavera,
Todo lo delicado, lo puro, lo armonioso,
¿Es para el sensitivo ó es para el poderoso?

Si se niega al poeta el amor ¿qué le resta?
¿Conoces una vida más noble y más honesta
Que la suya? ¿Penetras en la gruta de su alma?
¿Sabes para quien busca bienestares y calma?
¿Sabes qué criaturas su corazón prefiere?
¿Interpretas su biblia, su fe, su miserere?
¿Ignoras las siniestras vanidades del Todo?
Mira, mañana el raso que ostentas será lodo.
Lodo serán mañana tus dientes y tus perlas.
¡Tener joyas, sentirlas, acariciarlas, verlas,
Para que de improviso cierren tus lindos ojos!
No hay caricia más dulce que la de los abrojos,
Ni rubíes que valgan una mirada pura,
Ni zafir como el cielo, ni más honda dulzura
Que la que se derrama de un espíritu ardiente
Al fausto y los deseos vanos, indiferente.

Y dejé para siempre las salas del palacio,
La seda, el oro, el fausto, la perla y el topacio.
Al salir ví, posada sobre un árbol, una ave
Que cantaba á la noche de una manera grave.
Sobre las hojas verdes el claro terciopelo

De los astros manchaba divinamente el cielo.
El ruido de mis pasos hería la tranquila
Majestad de la noche. Bajo la negra fila
De los sauces sombríos, el silencio solemne
Se erguía soñoliento, sugestivo, perenne,
Vistiendo á todo el orbe con su vasto misterio.
Arriba la blancura y abajo el vituperio
Surgian sobre el oro de la naturaleza.
Fué entonces cuando mi alma se llenó de tristeza,
Y aprendí, por ventura, á amar antes que nada
La vida misteriosa, obscura y la sagrada
Beatitud de las cosas, y el ritmo y la poesía
Que en medio de la sombra, so la bóveda umbria
Flotaban. Suavemente pensé que lo más bello
Proviene de una aurora, de un canto, de un destello,
De un matiz, de un perfume, de lo desconocido,
De lo que permanece velado ó escondido,
Y que Dios ha creado al hombre para que ame,
Para que las acciones luminosas aclame,
Y no para que ponga sobre toda victoria,
Los goces de la vida inquieta y transitoria.

DELECTACION

La lumière à l'obscurité s'est unie. . .

NIETZSCHE.

En el mundo extraño del Ensueño vive.
De oros, rasos, pompas líricas, escribe.
Es un raro artista que combina y graba
Lo que su alma buena y singular alaba.
En selectas rimas la piedad implora.
Del sangriento ocaso y la roja aurora,
Da el color y el ritmo su instrumento regio.
Sus cabellos dicen que es un hombre viejo.
Vive retraído como un monje antiguo.

Su vivienda es pobre, su jardín exiguo.
La amargura sobre su rosal no llueve,
Mas la tierra para su ilusión es breve.
Los amables signos del silencio rima.
Con el abandono de la noche íntima.
Cuando Primavera flores armoniosas
Junta sobre el césped, aurorales cosas
Dice la palabra del poeta triste,
Como lo que encima de la tierra existe. . . .

Vive retraído, cuida sus acantos.
Rima, por la noche, misteriosos cantos.
La plegaria interna de su alma escucha.
Con los ritmos lentos del silencio lucha.
Y como él conoce que la gloria es vana,
Que es amargo el vino de la vida humana,
Que la flor bermeja, la encendida rosa,
Que la mano fina, leve, misteriosa,
Que la luz, las gemas, la ilusión, las urnas,
Y las melodías altas y nocturnas,
Pierden su poesía si se agosta el alma,
Si se va de ella la inmutable calma,

Piensa: ¿«qué alegría de la tierra iguala
La melancolía del rumor de una ala?
¿Qué fulgor alcanza á empañar el rastro,
Que en las hojas pone la lumbre de un astro?
¿Qué palabra humana, qué raro salterio,
Ejerce sobre el alma comparable imperio,
Al tuyo, oh! serena soledad augusta,
Oh! ternura alada de que mi alma gusta?
Trovadores solo lo inviolable es bueno.
La blancura insigne surge de su seno.
Del silencio brotan goces y dulzuras,
Aurales rimas y esperanzas puras.
La existencia es dulce dentro de sus lares.
Riega tus rosales, labra tus cantares.
Vive en el ensueño, dulce y solitario,
Ama la solemne calma del santuario,
Y cual los ascetas, al dolor propicios,
Reza tus plegarias, ama tus cilicios.

Ama tus cilicios trovador hermano.
Di las grandes luchas del esfuerzo humano.
Teje en el silencio grave tu corona.

Con tu propio llanto tu camino abona.
Bebe, si es posible, vino de tus viñas.
Rima los anhelos blancos de las niñas.
Pon en tus canciones el temblor del viento,
Que tu lira sea llena de lamento;
Y que cuando gimas las florestas frías,
Vibren en sus cuerdas bronces y alegrías.»

Así piensa el triste vate solitario.
Su alma es cual la Forma blanca del sagrario.
Con recuerdos gratos decoró su tienda.
Raros, castos votos á su Dios ofrenda.
Su país es bello, mágicos sus cielos.
Sus boscajes llenos de armoniosos vuelos.
Más lo que él adora verdaderamente,
Lo que á veces cubre de dolor su frente,
No es la vida externa con la que comparte,
Sinó el fuego intenso de su ser: el arte.

Por el arte sueña, canta, piensa, existe.
Por el arte es pobre, por el arte es triste.
Por el arte surgen sus evocaciones,

Funde en oro fino sus lamentaciones,
Oye en la alta noche líricos conciertos,
Hunde la mirada en los mundos muertos,
Dice lo que su alma grande y sensitiva,
Siente bajo el ritmo de la fe nativa,
Habla con los seres de su pensamiento,
Y se aduerme bajo la quietud del viento.

HORAS DE ESTÍO

Une larme est cachée au fond de nos tendresses.

ANDRÉ LEBEY.

Como un velo celeste la luna desleía
En el ambiente, lleno de luz y melodía.
El viento, como un harpa de lengua cristalina,
Difundía en el aire su caricia divina,
Y mi ánimula triste, tristemente vagaba
Sola en aquella noche en que todo soñaba . . .

Como un ritmo sonoro de amables barcarolas
Flotaba sobre el vago resplandor de las olas.

Aldebarán y Sirio en el éter inmenso:
Yo, sobre la tierra, extático, suspenso.
Arriba las estrellas hablándome de amores:
Yo con mi pensamiento pálido y mis dolores.
Cadencias en el aire, en los parques sonrisas,
Rumores en la fuente y en las márgenes brisas.
¡Oh! mi alma que en la triste confianza nocturna
Evocas todavía tu vírgen taciturna.
¿Acaso resplandece su imperial cabellera
Que tuvo los colores de ideal primavera?
¿Acaso viste el oro suave de su mirada
Ó el racimo armonioso de su boca encarnada?

Los rayos estelares de una luna fastuosa
Ondulan esta noche su perfume y su rosa,
Y esmaltan como un golpe de luz á una verbena,
El ámbito infinito de la noche serena.
Una noche como ésta juntamos nuestros lábios,
Una noche como ésta fué una noche de agravios.
Una noche como ésta subimos en la barca
Que conduce á la isla de un extraño monarca,
Y bogamos, bogamos en el mar, suavemente,

Juntos los dos, y bajo de la luna ascendente.
Yo no sé cuántas veces surcamos la bahía
Ni cuántas Élla unió su cabeza á la mía.
Yo no sé qué secretos ó qué raras dulzuras
Dijeron á su oído todas mis amarguras,
Ni qué rudos sollozos repitieron las ondas,
Ni cómo se inundaron de suspiros las frondas,
Ni cómo, cuando el astro nocturnal difundía
En el mar como un lago rizado, su armonía,
Aquella cabecita, de nostalgias poblada,
Quedó sobre mi hombro largo tiempo apoyada . . .

¡Oh, noche que en las cuerdas de los bosques murmuras
Quién sabe qué secretos, quién sabe qué ternuras!
¡Oh! perlas de los mares que bañasteis su frente
Y os unisteis al llanto de un espíritu ardiente!
Decid lágrimas tersas que arrullasteis su oído
En donde mi adorada ha fabricado el nido;
En qué mar ensueñado divisaré la vela
De su barca, en qué río imprimiré su estela,
O bien si en el rocío que pende de las hojas
Destila—tal un lirio pálido—sus congojas . . .

Frágil nave, perfume de canciones y besos,
Sutiles melopeas, jazmines, embelesos,
Grato aroma de nardos muriendo en el espacio,
Altos tilos que ocultan su rosado palacio,
Purpúreos esplendores que acrecientan la aurora,
Rayo de sol que el pico de las montañas dora,
Supremas melodias que saludan la tarde,
Incienso nebuloso que en los altares arde,
Amplio acento que surge lírico del bosque,
Del ave que ella amaña opulento plumaje,
Jardines recamados de lirios ideales,
Encanto luminoso de los parques ducales,
¿Sabeis en dónde su alma ha posado su vuelo,
Si habita en sus palacios de colores de cielo,
Si vaga en su mirada aquella luz extraña
Que percibí una tarde detrás de una montaña;
Si siempre de sus lábios el acento divino
Mana como de un lago blancamente argentino,
O, por fin, si en las noches que la luna sublima
Y en que el poeta canta su más íntima rima,
Es su alma la que, envuelta en los pliegues del viento,
Atrae y diviniza todo mi pensamiento?

AVE EXTRAÑA

En mis bellos jardines hay una ave que canta
Como el himno armonioso que la aurora levanta.
Cuando vuela á su nido recamado de frondas
Nacen penas en mi alma como espumas en las ondas.
Cuando canta, su canto desfallece en mi alma
Como el llanto del alba sobre el ceibo y la palma.
Yo la he visto á mi lado toda alegre y tremante
Y perderse en el viento como una ala oscilante.
Columpiarse risueña sobre hamacas de lirios
Del color de la nieve, del color de los cirios.
Y posarse en el cuello de una extraña faunesa
De mirada de abismo y boquita de fresa.
Desplegar su vistoso y opulento plumaje
Sobre el fondo de oro de un oscuro bosque.
Donde á veces se oyen de sonoros violines
Armonías que ruedan sobre un mar de jazmines.

EPITALAMIO

Á ISAAC Y CLOTILDE

Entónces en sus lábios asomó la sonrisa
—Así la del divino rostro de Monna Lisa.—
Y tu alma, hermano mio, se llenó de fulgores
Puesto que en ella había derramado sus flores
Otra alma, de la tuya al parecer hermana;
Otra alma toda llena de una ternura humana
Y divina. Entónces levantaste un santuario
Y oficiaste la misa ante un nuevo sagrario.
Y hubo sobre el camino de tu vida, una planta
Extraña y perfumada como nívea garganta;

Y sobre tus decepciones hubo un blancor de rosas,
Esencias y virtudes suaves y misteriosas,
Y sobre las estrellas, de resplandor humilde,
Viste surgir un astro luminoso: Clotilde.

Su luz te hirió de un modo inaudito y tranquilo;
En afirmar que ese astro te cegó, no vacilo.
Tu corazón, hermano, era hasta ese momento
Lo que la frágil barca al capricho del viento.
Buscabas en tus noches, sin rumores ni estrellas
Alguien á quien confiarle tus sueños y querellas.
Al espacio infinito alzabas la mirada
Como buscando arriba una imágen amada;
Sondeabas tus anhelos, tu fé, tu alma de hombre,
Sabías cómo es dulce el evocar el nombre
Querido, más la imágen, la luz, no aparecía.
Trás de un velo impalpable tu pensamiento huía,
Trás de un vasto miraje iban tus ilusiones.
Más hé aquí que de pronto se unen dos corazones,
Que dos almas á un éco mismo se estremecen
Y en el divino reino del amor desaparecen.

Por que de tu adorada sé el sensitivo encanto,
Diré, bajo el amparo de sus gracias, mi canto.
Diré que siempre la ames con cariño profundo
Pues que el amor es lo único verdadero del mundo.
Dire que para ella eleves tus plegarias,
Que en las noches de duda, negras, solitarias,
Sea su alma el asilo que haga olvidar tus penas,
Y trueque en frescos lirios las pesadas cadenas.
Yo que he visto sus ojos negros y luminosos,
Su cabellera negra, negra como radiosos
Carbunclos. Yo que admiro su grave aristocracia,
Sus orejas, su frente, su boca ébria de gracia,
Y que al mirarla creo que ha nacido princesa,
Pues digno de tal nombre son sus lábios de fresa
Y la maravillosa blancura de su cuello,
Más blanco todavía bajo el negro cabello;
Yo que de su alma buena, rara, sensitiva
Como un ramo de rosas, como un tallo de oliva,
Conozco la dulzura, el ritmo, la ternura,
La atracción, el imperio, la dicha, la amargura,
Y sé que toda ella está llena de ensueño
Como un lago, de cisnes, como un árbol, de sueño,
Quisiera que la amaras con amor exclusivo,

Que ella, de tus acciones, fuera el dulce motivo,
Que pusieras en ella tu más honda alegría,
Los sueños del futuro, la sonora armonía
De que están impregnados todos tus pensamientos;
Que ella te dijera sin temor sus lamentos,
La fé, como la duda de su alma soñadora,
Y que tú custodiaras las gemas de su aurora,
Puesto que si conoces sus más leves anhelos,
Y sus melancolías, sus goces y sus duelos,
Sabrá tu amor, entónces, cómo embriagar su alma,
Cómo poner en ella la ilusión y la calma,
Y vuestro amor eterno, voluptuoso, bendito,
Será como un poema celestialmente escrito,
Será como una de esas misteriosas leyendas
Que los enamorados cuentan bajo sus tiendas,
Cuando la noche llega, cuando el silencio atrae,
Y uno, lentamente, bajo las sombras cae.

Amala, hermano mío, ámala hasta la muerte.
Junta á su alma exquisita de mujer tú alma fuerte.
Aspira de ese lirio, de esa fragante poma,
La esencia única y dulce, el penetrante aroma.

Que su palabra suave desfallezca en tu oído,
Que á tu lado ella sienta como en su propio nido,
Risas, besos, venturas, alegrías, cantares.

Que el amor armonioso salve los valladares
Del tiempo, y una misma beatitud los cobije.
Por único santuario su corazón elije.

Verás cómo si el alma intensamente quiere,
Poco á poco el escollo desaparece y muere.
Verás cómo la vida por el amor se alegra,
Cómo es azul y blanca la noche triste y negra,
Y cómo cuando el alma sin amor se acongoja,
Una flor invisible sobre ambos se deshoja.

NOCHE DE AMOR

Paradis de la chair qui fait sangloter l'âme.

ALBERT SAMAIN.

Una noche no más fuiste mi amante
Al fulgor apagado de una lámpara
Una noche no más fuiste mi amante.

Como un plumaje real sobre tus hombros
Tu cabellera de ébano flotaba
Como un plumaje real sobre tus hombros.

Bajo el vigor marmóreo de mis brazos
Languidecían tus extraños ojos
Bajo el vigor marmóreo de mis brazos.

Como tú, mis caricias y mis besos
Nunca mujer alguna gozó tanto
Como tú, mis caricias y mis besos.

La noche solamente percibía
Tus ardientes palabras y tus súplicas . .
La noche solamente percibía.

En el sonoro Sévres de tu alcoba
Se extinguían las pálidas anémonas
En el sonoro Sévres de tu alcoba.

De entre las blancas sábanas tu cuerpo
Aparecía como un lirio insigne
De entre las blancas sábanas tu cuerpo.

Tus labios amorosos y sensuales
Realzaban la blancura de tus dientes
Tus labios amorosos y sensuales.

Cincelados en nieve parecían
Tus artísticos senos y tus manos
Cincelados en nieve parecían.

Una noche no más! y te entregaste
A mis cálidos ruegos toda entera
Una noche no más! y te entregaste.

En el fino cristal se perfilaba
Tu figura de reina bizantina
En el fino cristal se perfilaba.

Casi reinó el silencio entre nosotros
Oh! mujer para siempre inencontrable
Casi reinó el silencio entre nosotros.

Como trucas caricias en mi oído
Tus escasas palabras resbalaron
Como trucas caricias en mi oído.

Los pasos de la calle resonaban
De una manera extraña en el silencio
Los pasos de la calle resonaban.

Ébrias de tu hermosura, mis pupilas
En tu carne lechosa se clavaron
Ébrias de tu hermosura, mis pupilas.

Terciopelo profundo semejaba
La piel que augustamente te vestía
Terciopelo profundo semejaba.

Tú mirabas mis ojos, fijamente,
Mis ojos que iban hácia tí vencidos
Tú mirabas mis ojos, fijamente.

. . El cabello esparcido te envolvía
Como en un velo tétrico y flotante
El cabello esparcido te envolvía.

Breve fué nuestro amor, y delicioso
Como unpreciado vino de mil años
Breve fué nuestro amor, y delicioso.

Se empurpuraba, luminosamente,
Cuando dejé tu alcoba, el firmamento
Se empurpuraba, luminosamente.

Al salir, te asomaste á la ventana
Como una aparición maravillosa
Al salir, te asomaste á la ventana.

Y yo trepé á la reja y en tus lábios
Puse el último beso de mi boca.

BEATITUD DEL SILENCIO

Y en la lúgubre ribera de la noche con
su gran paso de seda va el Silencio.

LEOPOLDO LUGONES.

El Silencio me ofrece para llenar mis versos
Las perlas prodigiosas de sus modos diversos.
La Belleza me brinda para mi melodía
La púrpura y el oro de que está lleno el día.
Lo uno hará que levante palacios ilusorios
Si me dá el armonioso jardín de sus emporios,
Y dándome el divino amor que él incorpora
Pondrá en mis fantasias luz y llanto de aurora.
Lo otro hará que mis rimas inusitado encanto
Adquieran si me dá Ella,—vírgen, ensueño, canto.—

El eco doloroso que el dolor perpetúa
Y en la azul lontananza del aire se extenua.
Haz Mente extra-humana que yo junte á mis labios
Los oros del Silencio y sus tesoros sabios;
Que estos dos elementos vivan en mis creaciones
Y al unísono vibren en mis divagaciones.

Haz todo eso y mi alma que esas dos almas nombra,
Como un fresco jacinto perfumará la sombra,
Entre cuyos oleajes, silentes, errabundos,
Van envueltos los sueños del mar y de los mundos.

El Silencio es el padre de lo azul y lo suave.
El Silencio es un padre serenamente grave.
Del Silencio han surgido luminosas diademas
Y sueños y visiones y dudas y poemas.
Se piensa que es un lago hecho de oro y de tules,
Que algo tienen sus olas de los cielos azules,
Que en sus márgenes largas, tranquilas, vaporosas,
Duerme el oculto gérmen de cosas misteriosas;
Un lago en cuyas ondas los navíos simbólicos
Bogan extrañamente y en que ritmos eólicos
Se extienden, á la hora en que la luz declina,

Y el cielo panoramas hermosos adivina.
El lago del Silencio es propicio al ensueño.
Iris maravillosos en sus costas diseño.
Alegres perspectivas de rubí y esmeralda
Diríase que dormitan sobre su tersa espalda.
A él acuden sumisos los altos peregrinos,
De él extraen los arrullos de los cantos divinos.
El gran meditabundo que sus ondas conoce
Experimenta entre ellas inenarrable goce.
El presta al inspirado su largo pensamiento,
Mudo pero profundo como el aullar del viento.
Bajo su legendaria y vasta somnolencia
Adviértese una grave y mágica indulgencia.
En el Silencio crece la integridad del verbo.
Nunca, dice el artista, de su amor me preservo.
Nunca como en su seno ó bajo sus aureolas
Fueron más atrayentes los campos y las olas.
Y es que bajo el silencio el espíritu grande
Sus sueños y sus glorias y sus duelos expande,
Y hasta lo más humilde, como la hoja de hierba,
Un color ó un perfume insólito reserva.
Si hay ternura y blancura en el silencio existe.
La sombra entre sus pliegues ondulantes persiste.

Si la palabra adquiere inmutable relieve
Es porque bajo el manto del silencio se mueve.
Si la voz de los hombres musicalmente suena,
Si el órgano las naves de las iglesias llena,
Si el arpa de la noche musicalmente vibra
Es porque de silencio se llenaron. La fibra
Del ideal supremo, como una ala palpita
Apenas el silencio se recoge y medita.
Todo lo inanimado es más hermoso cuando
De su propio misterio y luz váse inundando.
El silencio es hermano del Misterio y la Sombra.
Quien dijera: Silencio estas dos voces nombra.
Quien dijera: las flores de las tinieblas amo
Oiría del silencio idéntico reclamo.
Quien dijera: la vida bajo el silencio es buena
Del misterio y la sombra vería la patena.
Quien dijera: el silencio sobre todo me atrae
Verá cómo en la sombra y en el misterio cae.

Silencio, padre augusto de la noche solemne;
Silencio sugestivo de la aurora perenne;
Silencio en cuyo seno el pensamiento ahonda

El misterio del alma humana y de la fronda;
Silencio fastuoso, silencio invulnerable,
Silencio sobre el mundo y el orbe inhabitable,
Silencio venerado por dulce y por abstracto,
Silencio de las cumbres letárgicas, intacto.
Silencio bajo donde el ideal se enciende
Y tiaras inauditas el pensamiento tiende;
Silencio de la noche azul y del santuario;
Silencio, del ensueño taciturno ofrendario;
Silencio á cuya entrada se adivina el misterio;
Silencio despojado de horror y vituperio;
Silencio, única causa de las transformaciones;
Silencio fecundado por las resurrecciones:
A tí la melodía de las liras extrañas,
A tí las aurorales brisas de las montañas,
A tí, Dios soberano, la mirra y el aroma,
A tí viejo Silencio lo que en el cielo asoma,
A tí mi pensamiento, mi fé, mi crucifijo,
A tí la hostia y la gema, la paz y la dulzura,
A tí mi venerable y árduo regocijo,
A tí lo que en la tierra prolífica fulgura,
A tí los más divinos poemas y cantares,
A tí las atracciones profundas de los mares,

A tí padre increado las más bellas ideas,
A tí los graves cantos que forman las mareas,
A tí las bendiciones de todos los que te aman,
Y Padre de los Dioses, Silencio, te proclaman.

Silencio, quién no adora la frondosa avenida?
Diríase que tu gloria yace en ella dormida.
Diríase que tu encanto misterioso perfuma,
Que toda maravilla á la tuya se suma,
Que todo lo que el hombre presiente ó interpreta
Nace de tu abismante serenidad secreta.
El alma dolorosa dulcifica su pena.
Llénase de tí mismo como de una azucena,
E inúndase con más claros, armoniosos fulgores,
Cuando tu somnolencia le brinda sus amores.
Mi alma sufre menos cuando tu alma la ampara.
Yo te brindo mis versos como á una reina rara.
Yo conozco el tesoro que se oculta en tí mismo.
—Así perlas preciosas en el obscuro abismo—
Y sé porque tu ritmo en la noche fenece,
Y porqué tu reinado sobre los cielos crece,

Oh! adorable silencio, ahuyenta la tristeza.
Pon en las almas tristes algo de tu grandeza.
Derrama en todo espíritu tu caricia de cielo.
Muéstranos poco á poco el anchuroso velo
Con que tú mismo cubres el prado y la floresta.
Mira, para tu fiesta mi pobre alma se apresta.
Mira cómo mi pecho que el dolor atesora
Está de compasivo y de pálido ahora.
Mirá cómo te invoca bajo lo indiferente
Mi alma que tu ventura celestialmente siente.
Mira cómo se impregna de tu quietud inmensa,
Y cómo en tus dulzuras únicamente piensa,
Y cómo trás la lumbre que emerge de los astros
Ella vá persiguiendo tus más débiles rastros.

Una voz misteriosa me reveló el arcano
De tu clemencia, ¡oh padre del pensamiento humano!
Fué en una noche suave, negra y triste. Caía
Sobre toda la tierra honda melancolía.
Los árboles cubiertos como con tus vestidos
Parecían fantasmas lúgubrementemente erguidos.
Yo escuché la palabra sin saber que escuchaba

La voz del elemento que mi espíritu amaba.
Y dijo esa palabra, dominando mi espanto.
«Yo soy, apolonida, causa de tu quebranto.
Yo soy la fuente oculta que engendra la corona
Y las flores enfermas del dolor eslabona.
Yo soy la letra ignota de un extraño alfabeto.
Yo conozco la clave del humano secreto.
Yo soy la Esfinge eterna, el eterno Problema,
La noche, la tiniebla, la duda y el emblema,
Pero yo en tus sonorás predilecciones creo
Acaso porque tu alma de vidente poseo.»

LAUDE

Desvanécese el sueño de mi vida
En el sueño de fuego de tus ojos,
En el sueño de mármol de tus brazos...

RICARDO JAIMES FREYRE.

Qué bien sienta á tu frente sensitiva el cabello
Obscuro, y cómo realza tu incomparable cuello.

Bajo la cristalina pompa de tu hermosura
Hay no se qué tristeza romántica y obscura.

Tus gracias autorizan la excursión misteriosa
Por el lago de tu alma sutil como una rosa.

Quisiera que en tu pecho muriera mi agonía,
Quisiera verte triste, desmesurada y fría.

Tus brazos aparecen entré el selecto encaje
Como dos codiciados frutos en un bosquejo.

Las puntas de tus hombros surgen como dos pomas,
Y tus senos erectos como blancas palomas.

Fina es la aristocracia que envuelve tu arrogancia,
Fina tu cabellera, tu carne y tu fragancia.

Tras la esquiva indulgencia, que he bendecido tanto,
Adivino la inquieta languidez de tu encanto.

Ah! ponte las ajorcas con que me agrada verte,
Y el peinador más blanco, blanco como la Muerte.

Y luego, diestramente, como una hada adorada,
Echa sobre los hombros, la sombría cascada

De tus largos cabellos, y en rítmico movimiento,
Muéstrame los tesoros que en tí misma presiento,

Muéstrame Evocadora, la curva fina y larga,
Y tu seno adorable, que me tienta y embarga

Mi amor á tí está lleno de una lujuria santa.
Tu carne es como el bronce, encendiéndose, canta.

Tú poseerás, sin duda, filtros maravillosos,
Y elixeres y vinos raros y prodigiosos.

Tus labios y tus ojos hechos son para el beso.
Entre tus blancos brazos ¿quién no gusta estar preso?

Cómo es bella y altiva tu figura estatuaria,
Y triste y soñadora tu alma visionaria.

Si eres meditativa y comprensiva y buena,
Compartiremos sueños, goces, dolor y pena.

¿Sabes unir la carne al espíritu alado?
Si es así, permanece para siempre á mi lado.

Pienso que en tí hay una harpa cuyas serenas notas
Tienen la poesía de las cosas ignotas.

Aún en tus ojos veo penumbras y quimeras
Y súplicas ardientes, como de bayaderas,

Y en la parte de alma que asoma en tu semblante
Algo cual la ternura de un espíritu amante.

EVOCACIÓN Y CREPÚSCULO

Á JULIO PIQUET

RAYO DE OTOÑO

Bajo un cielo de oro cruzamos la avenida
Llena de tuberosas tibias y ruiseñores.
El viento, dulce y suave, agitaba las flores,
Sobre las que la tarde, se detuvo, dormida.

Mi alma meditabunda, pálida, perseguida,
Evocaba en esa hora lírica sus amores.
Una fuente ondulaba apenas sus rumores
En alas de la brisa de fragancias unguida.

Paso á paso llegamos al estanque sonoro.
Y ella dijo: «La tarde, como un pájaro de oro
Vierte, sobre nosotros, su más fina dulzura.

¡Ah! morir, cuando se aman los verdes melancólicos,
Cuando cada corola solloza su blancura,
Y el espacio se llena de rumores eólicos» . . .

DESEO

Su alma, como una alondra divinamente pura
Erraba en los más blancos confines de los cielos;
Mas una tarde llena de sueño y de dulzura
Anheló de otra alma caricias y consuelos.

Con vestidos extraños recamó su hermosura.
Como una hada divina, presa de los anhelos
De la tierra, dijo ella: «Rásguese la blancura
Que oculta mi inocencia con transparentes velos»

Y ante las maravillas supremas del espacio
Su alma, como un destello de ópalo y de topacio
Bajó del alto cielo constelado de aureolas.

Lloraron su partida los pálidos querubes,
Mientras que en los zafiros de las blancas corolas
Caía la tristeza de una tarde sin nubes!

LA ESPERANZA

Sobre las ondas glaucas de la mar armoniosa
El crepúsculo sangra su roja pedrería.
La tarde desfallece como un cáliz de rosa
Tras la negra montaña donde aparece el día.

La mar alza á las nubes su voz tempestuosa.
Más allá de las selvas, prolonga su elegía.
En el cielo, ya obscuro, asoma la Grande Osa,
Cuya luz cae y baña la ribera sombría.

Más, hé aquí que de pronto surge tras la barranca
Una nave ligera como el céfiro y blanca:
Nave que mi Esperanza, desaparecida, trae.

Ante sus blancas velas, caras á mi memoria,
Mi espíritu levanta una oración de gloria,
Y sobre la ribera, bajo el gran cielo, cae.

EN EL ABISMO

Cuando en el cielo brillen las pálidas estrellas
Y como un alba irradies tu misterioso amor,
No quiero que derrames la luz de tus centellas
Ni que envuelva la luna tu cabellera en flor.

Cuando del cielo falten las luminosas huellas
Y por las nubes cruce la esfinge del dolor,
Puedes mostrar las brasas de tus pupilas bellas
Y tus largos cabellos de terrible fulgor.

Y cuando llegue el día fatal de la negrura,
El día de los hondos delirios de amargura,
El día en que las nieblas obscurezcan al Sol,

Quisiera que tus ojos de extática sibila,
—Tus ojos que son antros donde el enigma oscila—
Vertiesen en los míos su sangriento arrebol.

APARICIÓN

Era un jardín extraño, tapizado
De hojas azules y de blancas rosas.
Flores raras, de ensueño, vaporosas
Como visiones, sobre el verde prado

Se inclinaban apenas. Ritmo alado
Subía, bajo nubes silenciosas
Como espíritus tristes, y en las cosas
Había un no sé qué de desolado.

Llegué al jardín y la busqué. No estaba.
De una ave el canto trémulo se oía
Arrullando mis penas. Despertaba

Ya con su ausencia mi temor, ¡ah Lía!
Cuando ví que hacia mí se aproximaba
Toda desnuda, misteriosa, fría.

BAJO LA LUNA

Hacia un país histórico y remoto
Iba á zarpar, bajo la luna triste,
Cuando súbitamente apareciste
De entre unas flores pálidas de loto.

Blanca en tu dulce juventud, mi voto
De amor, oh pura, en breve recibiste.
Y por mi ensueño musical, surgiste
Forma, perfume místico é ignoto.

Amé tu alma y el maravilloso
Silencio de tu espíritu armonioso.
Adoré tus dulzuras, tus cabellos,

La rica fruta de tus labios rojos,
Y esos supremos, fééricos destellos
Que hasta el cielo subían de tus ojos.

CONFIDENCIA

Llueve la noche, de un azul intenso,
Sobre las flores pálidas, su aroma.
Como una Ofelia á su balcón se asoma
La luna en cuyas amarguras pienso.

Sobre su barca sideral, suspenso
Como de un blanco arrullo de paloma,
Mi corazón, aguardará la poma
Que fecundó tu bienestar inmenso.

Y cuando surjas en la noche, sola,
Como una aparición sobre una ola,
Fijarás tus pupilas en las mías.

Y así, movidos por un mismo encanto,
Mientras sienta tus grandes alegrías
Yo, reina rubia, beberé mi llanto.

DOLIENTE

Poco á poco la alcoba perfumada
Llegó á participar nuestros pesares.
Y como un ritmo de anchurosos mares,
Se extendió nuestra suerte desolada.

• Bajo la luna triste, hipnotizada,
Llovía la amargura sus azahares,
Mientras que los simbólicos pinares
Gemían al pasar la brisa helada.

Solos, como dos ángeles caídos,
Atravesamos la ciudad doliente
De los afortunados y oprimidos;

Solos gustamos, luminosamente,
El placer de los tétricos olvidos
Nevando sobre el alma, eternamente.

REMEMBER

Era una mar extraña y sin orillas.
A ella me dirijí para no verte.
Diez largos años desafié la muerte,
Cien veces hice de mi nave astillas.

Bajo la flaca red de mis costillas
Sentía, empero, de tu sexo fuerte
La intensa y gran palpitación, de suerte
Que creía poseer tus maravillas.

Tal como se unen en la lid dos bronce
Mi pensamiento al tuyo se asia entonces.
Tu piel, tu boca luminosa, todo

Lo que al instante aquel se refería,
Ya estuviera en el hielo, ya en el lodo,
En mi memoria lúbrica surgía.

INVITACIÓN ERÓTICA

Luce tu ágilidad de bayadera
Y hazme gustar tu carne sensitiva.
Ya está pronta la lámpara votiva
Que velará tu intacta primavera.

Es de noche. En la lúgubre pradera
Se agostó la doliente siempreviva.
Como una bestia joven y lasciva
Enciéndete de amor ¡oh prisionera!

Y que tus brazos, frágiles y raros,
Y que tus piernas, mármoles de Paros,
Despierten en la noche fatigada

Mi corazón, y que tu cuerpo cruja
Cual si en su piel sedosa y delicada
Penetrase la punta de una aguja.

ANSIAS SENILES

Vuelvo á sentir tu juventud ardiente
Con el mismo deleite de otros días,
Y como entonces, me parecen mías
Todas las maravillas de tu frente.

Diríase que del lejano Oriente
Han llegado hasta mí sus alegrías,
Y que un vino de luz, surca las frías
Venas de mi ilusión ya decadente.

Unidos por un hálito de fuego
Acepta, pues, de mi impotencia el ruego
Oh! luminosos flancos hiperbóreos.

Y vé cuál nieva mi vejez caduca
Desde tus piés, pequeños y marmóreos,
Hasta el azul lejano de tu nuca.

LYDIA

La miré recamada de oro y grana
Como una hetaira de la Grecia antigua.
Y al verla recordé su mano exígua,
Su cabello ducal, la sobre-humana

Blancura de su cuerpo, que la sana
Consistencia del mármol atestigua,
El regio filtro de su boca ambigua,
Su prodigalidad de cortesana.

Lydia es su nombre. El mágico alabastro
De su cuerpo magnífico fué el astro
Que inició mi inquietante adolescencia

En la tristeza del amor pagano.
Su cristalina y fácil indulgencia
Royó mi corazón como un gusano.

LA FÉ

Acércate á mi corazón y mira.
Pon bien tus ojos en su negra caja.
Desgarra con tus uñas la mortaja
Debajo cuya lobreguez expira.

Vén, acércate más; mi alma delira.
En tu desdén satánico trabaja.
Sé como el hacha blanca que desgaja.
Mi corazón te servirá de pira.

Mira mis ojos turbios y sombríos,
Mira cómo mi cuerpo se deshace,
Mira cuán negros hoscos y bravíos

Son los pantanos en que mi alma yace;
Mira las llagas de los miembros míos
Y esta rosa de luz que de ellas nace.

EVOCACIÓN

Era una noche voluptuosa y bella,
Una noche de ensueño, recamada
De amplias túnicas grises, perfumada
Como una hetaira de Bizancio. Aquella

Noche—en que Aldebarán sobre la huella
De tus pasos vertía su rosada
Luz, á manera—lírica adorada—
De una lámpara ténue ó de una estrella

Que sutiles crespones circundaran,
(Oh! velos que las vírgenes amaran),
Tu corazón y el mío, guarnecidos

Por una misma evocación doliente,
Permanecieron, dulcemente unidos,
Cabe el pálido ritmo de una fuente.

FLOR DEL MAL

Mi corazón doliente y solitario
Penetró, suavemente, en la floresta
En donde el sueño sus delicias presta
Como sus holocaustos el santuario.

Apareció el crepúsculo, ofrendario
De misteriosa y apacible fiesta.
Y como un ritmo sideral, la orquesta
Canonizó tu cuerpo victimario.

Mi corazón, entonces, rasgó el velo
Bajo cuyos emblemas se ocultaba
El tuyo, lleno de temor y celo.

Un ruiseñor su canto desgranaba.
Y ante la luz tristísima del cielo
Ví que tu corazón se disgregaba.

SÍMBOLO

La tarde iba á morir junto á los mares.
El viento entre los árboles gemía,
Y el violento crepúsculo vestía
Como de un duelo lento á los altares.

Sobre mis descepciones singulares
Surgió resplandeciente, blanca, fría
Como una estatua, tras la luz que huía
Ocultando sus negros alamares.

Bajo su frente augusta y su semblante
Como el de Diana cazadora, puro,
Ví sus dos ojos de mirar radiante,

Su gesto á un tiempo compasivo y duro,
La línea firme, armónica, elegante
De ese su cuerpo plácido y obscuro.

VESPER

Ví volar una alondra de un bosque
Azul como un ensueño de poeta.
La historia de Romeo y de Julieta
Sangraba tristemente en el follaje.

Se abrió como un olímpico plumaje
El alma de la noche en la discreta
Serenidad azul, y una violeta
Brotó sobre las hondas de su traje

Como un anillo episcopal. Caía
Desde el pálido cielo la dulzura
Velada por sutil melancolía.

Y al penetrar entre la noche oscura,
Recordé con delicia la armonía
De tu sonrisa vespéral ¡oh Pura!

ELOGIO

Mis versos no dirán la aristocracia
Que en tu belleza pálida culmina,
Ni tu armónica voz, ni la divina
Sonrisa de tu boca ébria de gracia.

Yo quisiera los pétalos de acacia
Para zahumar tu cabellera fina.
Del insigne Leonardo la retina
Para pintar tu lánguida eficacia.

Para ofrendarte milagrosos lirios
Yo apagaré los dolorosos cirios
Que conocen mi grande desventura,

Y diré cuál es bella tu mirada,
Oh! extraña flor de América, adorada
Por el que vió su lírica blancura.

REVELACIÓN

Quise encontrar en sus azules ojos
El fulgor fascinante de la llama,
Y con la firme decisión del que ama
La miré fijamente. En los sonrojos

De sus mejillas, distinguí los rojos
Rubores del pecado, y una oriflama
Escarlata pasó como una rama
Atizando mis bárbaros enojos.

Era al amanecer. En su semblante,
Como en mi corazón agonizante
Corrió un lento sudor, trágico y frío;

Alcé la mano trémula y armada,
Y en ese instante de dolor, ¡Dios mío
Cómo era azul y blanca su mirada!

CÉLIA

La quiero carnalmente. Sus encantos
Tienen no sé qué bárbara tristeza.
En sus ojos extraños no hay pureza
Sino lascivia. Adora los acantos

Como los negros, armoniosos mantos
Propicios á su pálida belleza.
Dijérase impregnada su realeza
De alegrías sutiles y quebrantos.

No hay un negro de mejor destello
Que el negro de visión de su cabello;
Ni caricia, ni beso, ni ventura

Que sumerja en tan hondos paroxismos,
Como cuando su amor y su hermosura
Alzan la noche azul de sus abismos.

METEMPSÍCOSIS

Enséñame tu desnudez ¡oh Lía!
Vierte, si gustas, sobre mí tus males.
La noche se llenó con los raudales
Sonoros de una lúgubre elegía

Sé, cuando estés debajo mi osadía,
La flor de mis praderas inmortales.
Flor venenosa, enferma, de fatales
Ánsias bañada, como el alma mía.

Acércate y no temas, que mi brazo
Como mi corazón, es duro y fuerte,
Propicio á los ardores del abrazo.

Junta á mi gran desolación tu suerte.
Únete á mi alma con estrecho lazo.
Me reconoces ¿díme? ¡Soy la muerte!

VISION ILUSORIA

I

Al despertar, en su pequeña estancia,
Me sorprendió su cabellera blonda,
Y su mano flexible, como la onda,
Y de su cuerpo púber, la fragancia.

Bajo la luz opáca, la elegancia
De su mirada, persistente y honda,
Me envolvió como quien rápido ahonda
El secreto de una alma. A la distancia,

Entre la sombra, acariciando el cielo,
Se elevaba la luna Anochecía.
Y yo la dije: ¿conoceis el velo

Que velará la luz de mi poesía
Y llenará mi corazón en duelo
De una sutil y lánguida alegría?

II

« Yo sé quién eres, respondió—y sus ojos
Grandes, profundos, de un azul divino
Se llenaron de luz—Y tu camino
Amado por mis férvidos antojos,

Está sembrado de fulgores rojos
Como un cielo boreal» Y tu destino
De antemano marcado. Amo el fino
Oro que envuelve y dora tus abrojos.

Amo el hosanna que la noche canta
Y que tu ensueño bíblico agiganta.
Amo del arpa lírica la nota.

Amo las raras perlas de la idea,
Y la doliente púrpura que brota
Cuando tu alma vigorosa crea.

III

¡Oh! risueña visión, la dije, dime
De qué sitio ignorado te levantas.
Yo seguiré, si quieres, de tus plantas
La huella, que la tierra blanda imprime;

Mas, quítame esta duda que me oprime,
—Cómo en tu dulce beatitud me encantas—
Y pon sobre las aras graves, santas;
Mi fé para que crezca y se sublime.

Y ella repuso apenas: mi palabra,
Es eco de mi propio sufrimiento.
Deja que el alma á su placer se abra,

Atiende, sobre todo, al sentimiento.
Prosigue, y en la noche piensa y labra,
Y si cantas, tu canto entrega al viento.

ÍNTIMA

Bajo el suntuoso marco de una estancia
Toda sonora y fulgurante, un día
Sentí, al mirarla, que en mi ser nacía
Yo no sé qué ternura y qué fragancia.

Nívea era su tez, y su elegancia
Bañada como en una melodía
De color y de ensueño, parecía
Arrancada á un *panneau* fino de Francia.

De la orquesta lejana á los halagos
Buscaron su alma mis dolores vagos.
En un desbordamiento de ternura

La dije mi zozobra y mis antojos,
Mas de pronto, al mirarla, ví ¡oh dulzura!
Una lágrima azul bajo sus ojos.

INEXORABLE

Yo quise á esa mujer, y entre su seno
Solo encontré tiniebla y amargura.
Bajo su ténue y singular blancura
Era una flor, pero una flor de cieno,

Experta en las caricias, el veneno,
Y en los más fuertes filtros de locura.
Y hé aquí, la dije, amor, mi desventura,
Tuyo es mi ser acongojado y bueno.

Todo fué en vano. Inexorable abismo
Abrió á sus piés el trágico atavismo
Mancillando de nuevo su belleza,

Su candorosa palidez, su encanto,
Hasta que al fin, un día, la tristeza,
Tumba suprema, la envolvió en su manto.

AL UNÍSONO

Cada día que pasa me imagino
Que su belleza aumenta y se armoniza,
Que su piel luminosa se suaviza,
Y su cabello, de un matiz muy fino,

Adquiere, sobre el cutis, un divino
Color, que su opulencia exterioriza.
Y que mi ánima toda se hipnotiza
A su contacto ténue y cristalino.

Ella ama, como yo, las más flexibles
Palmeras, y los cielos imposibles,
Las alamedas largas, silenciosas,

Las visiones serenas,—alabastros—
Y las almas que suben, misteriosas,
A la cúpula inmensa de los astros.

SENTIMIENTO

Vivo con tu recuerdo, con la pura
Visión de tu belleza, con el oro
Fino de tus encantos, y el tesoro
Que trasluce y que canta tu hermosura.

Surgiste ante mi fé, como una obscura
Virgen que apareciera bajo un coro
Constelado de perlas. ¿Ves? Imploro
Desde entonces por tí, por mí. Procura

Que el hado nos mantenga siempre unidos.
En cuanto á mí tristísima sería
Sin tí, la vida, que por tí he sentido.

Pienso: léjos de tí, de tu alegría,
Mi corazón hubiérase extinguido
Como una niebla demasiado fría.

LA REJA

Moría de dolor tras de la reja
Del hospital, desmesurado y triste,
Cuando mágicamente apareciste
Sofocando al nacer mi última queja.

Fué tu visión como una luz que deja
Á quien la vé, suspenso. Dirijiste
Luego hacia mí tus pasos, mas quisiste
Ocultarte al llegar bajo la vieja

Encina en que mis sueños se albergaron.
Mis ojos en la encina se clavaron
Adivinando casi el movimiento

De tu imágen esbelta y vencedora.
¿Partiste? No lo sé, mas sin aliento
Me halló en la reja, pálido, la aurora.

CAPRICHÒ

Cierro los ojos, Nérida, y te veo
Como una noche, diáfana, tranquila.
Ante esa aparición, mi alma vacila
Y siento que revive mi deseo.

Tu presencia me es grata. Triste, leo
Mi juventud en tí. Tu frente lila
Y la ignea luz que en tu pupila oscila
Me dicen, sí, que como entonces creo.

Tu recuerdo me embriaga dulcemente
Como un beso interior, delicadísimo,
Llenándome de amor y de una inmensa

Misericordia y duelo: Así una fuente
Que en medio de un silencio sutilísimo
Me dijera que en mí tu ánima piensa.

CANTO DEL SOL Y DE LA TIERRA

À JOSÉ ENRIQUE RODÓ

CANTO DEL SOL Y DE LA TIERRA

L'éclate de tes rayons ne s'est point affabli,
Et sous la main des temps ton front n'a point pâli!

LAMARTINE.

**El sol sobre la tierra vigorosa deslía
Sus ánforas fecundas, y en las selvas sonríe.
El aire se ha llenado de una dulce fragancia.
En las copas el vino generoso se escancia.
De los cielos, que visten largas nubes de oro,
Descienden las palomas en armonioso coro,
Y las alas abiertas como pétalos blancos.
La nieve va ciñendo los formidables flancos
De las montañas que una vasta luz condecora.**

Como si en ella fuese á bañarse la aurora.
La mar se ha recamado de una azul pedrería
Y emerge de sus ondas, como de una sombría
Cuenca, resplandecientes zafiros y esmeraldas.
Densos velos de púrpura palpitan en las faldas
A la hora del crepúsculo. Saludables alientos
Traen del mar y la tierra los pletóricos vientos.
La vida surge y salta como una joven hembra
Y en el campo su pólen maravilloso siembra.
El sol, fuerte y caliente, las montañas aureola
Y hace surgir de un golpe la espléndida corola.
De entre las arboledas, del confin indeciso,
Brotan cantos de aves como de un paraíso.
El hombre, bajo el cielo, soberbiamente terso,
Ensayo nuevas luchas, prepara un nuevo esfuerzo,
Y haciendo con todo eso un bloque de esperanza
A luchar por la vida como un héroe se lanza.
Al ritmo poderoso del ambiente, la idea
Se mueve en el cerebro como una gran marea;
El pensamiento sangra como una flor divina;
Sobre rutas de oro el porvenir camina;
La miseria desgarrá su triste vestidura
Presa de una terrible y lóbrega dulzura;

A severos deleites el corazón se entrega
Y en la luz armoniosa de la aurora se anega.
Inauditos ardores, cual flámíjeras llamas
Pasan, sobre los cuerpos, despertando las bramas
Con que la carne suele, llena de extraño brío,
Desbordarse en tumulto como la onda de un río.
Arriba, en el espacio, la lira luminosa
Se abre como los pétalos mágicos de una rosa,
Y sobre el universo, con su ala estupenda
Vierte, pródigamente, el oro de su ofrenda.
El mar, el bosque, el cielo, el prado, la floresta
Y la playa arenosa vibran como una orquesta.
El sol de Abril, sol jóven, en la tierra retoza.
Desde su recamada y fúlgida carroza
Anima las praderas, las aguas y las flores,
Hace cantar las aves, despierta á los amores,
Pone en todas las almas como un acorde extraño,
Hace gritar de gozo al inmenso rebaño,
Embravece la cólera que el espíritu oculta,
Con su vigor lozano á la vejez insulta,
Abre en la tierra dulce celestiales simientes,
De esperanzas heroicas enardece las frentes,
Arma el brazo robusto del labrador tranquilo,

Ofrece á la indigencia espasmódico asilo,
Levanta sobre el mundo enormes claridades
En que se anegan todas las vastas soledades,
Y parece que canta, que brinca, se divierte,
Y que amando la Vida, se ríe de la Muerte.

Escúchame, es preciso que me escuches, y ames
Mis palabras, y el triunfo de mis voces proclames,
Y pongas en mi cuerdas y en mis canciones nobles
La sávia inverosímil de los antiguos robles,
Para que así mis cantos sean ¡oh sol augusto!
Dignos de tu renombre. De tus caricias gusto
Como de la abundancia del benéfico trigo
Que cobija y sustenta como un cálido abrigo.
En mi inculta cabeza, por tu gloria encendida
Brotó en este momento amor hacia la vida.
Padre sol tu presencia me deja estupefacto.
Tu esplendor es enorme y tu espíritu, intacto
De toda mancha impura, de todo maleficio.
Cada día consumes el mismo sacrificio.
Cada día tu hoguera fecundante, se arroja
Sobre el orbe, á manera de una sábana roja.

Cada día derramas en la Naturaleza
El átomo en que alientan gérmenes de grandeza.
Cada día tus rayos vibradores de oro,
Esparcen sobre el mundo como un rico tesoro
Que todos en la misma cantidad aprovechan
Y con rara alegría de sembrador cosechan.
Oh! sana, oh! venerada beatitud de la tierra
En que el sol salta y brilla con libertad. La guerra
Entre tus anchos montes es sorprendente y buena.
De una aroma indulgente está tu alma llena,
Tu alma en que concurren, divinamente unidos,
Rumoros de florestas, de mares y de nidos.
Como una fruta extraña, exquisita, fragante,
Como una primavera, toda luz y vibrante,
Surgen de tus entrañas, de tu ser, de tu ambiente,
El amor, la esperanza, la fé clarovidente.
Héme aquí ante las iras de tus fuerzas, atento
Al rumor que las hojas comunican al viento.
Yo te admiro, yo te amo como á un grande maestro.
Yo sé que en todas luchas tu corazon es diestro,
Yo sé que en tí germinan todas las primaveras,
Que hay una vida oculta y grave en tus canteras,
Que hay un ritmo que empuja tus obscuras creaciones

Y forja en el silencio vastas revoluciones;
Que te embriagas de una gigantesca delicia;
Cuando el sol te circunda con su fuerte caricia,
Y abres tus tiernas ubres para que él te fecunde,
Para que en tus ardores de labor te secunde,
Para que la semilla en prodigios germine;
Para que tu reinado aumente y se ilumine,
Para que brote el árbol y se entreabran las flores,
Para que tú te llenes de grandes resplandores,
Para que la esperanza y la rosa indulgente,
Y los verdes laureles broten más fácilmente,
Para que la miseria tenga con que alumbrarse
Y su espíritu torvo pueda en tí cobijarse;
Para que los artistas maravillosos labren
En el mármol, sus sueños, y las formas consagren,
Y vean cómo ondulan los amables follajes,
Y cómo se desplegan los más raros plumajes,
Y cómo la alegría francamente palpita,
Y cómo el pensamiento encendiéndose, grita,
Y cómo reverberan, vigorosos y sanos
Los campos, las florestas, los esfuerzos humanos,
La formidable máquina del visible universo,
El encaje—oro y nácar—del poema del verso,

Las gloriosas Iliadas de la aurora que nace,
Las tinieblas profundas que tu rayo deshace,
El esplendor que surge tras la larga penumbra
Y que antes que nadie tu mirada vislumbra,
Los triunfos laboriosos del arte y de la ciencia,
Los armónicos yunques que forja la paciencia,
La celeste teoría que el ensueño combina,
Los siderales números que el poeta adivina,
Los heroicos anhelos que persiguen las razas,
El misterio que guía y embravece á las masas,
Todo lo que ha brotado en tu seno fecundo,
Todo lo que ha movido el corazón del mundo,
Todo lo que en tu vientre secular ha existido,
Todo aquello que bajo de tu entraña ha latido,
Toda la gran floresta de fé que en tí se une,
Todo lo que se extingue y en tu sangre se reúne,
Todo lo que aparece tras el hondo mutismo
Y echa sus resplandores sobre el obscuro abismo,
Para que en fin, todo eso, que sin tí moriría,
Vibre como una larga y sonora armonía.

ANTES DEL ALBA

À ALBERTO DEL SOLAR

DIÁLOGO EN LA NOCHE

O voi che fate tutti i venti aulire,
che avete in signoria tutte le porte,
io metto á vostri piedi la mia sorte:
Madonna, me'l vogliate consentire!

GABRIELE D' ANNUNZIO

Una maravillosa noche ardiente de estío
Paseamos nuestros sueños á la márgen de un río.
El cielo era de un claro azul de terciopelo.
En al ambiente había como el ritmo de un vuelo.
Las flores entreabrían sus flexibles corolas.
Tirsos raros de luces constelaban las olas.
Un extraño murmullo se alzaba de las aguas.

Léjos, á la distancia, pasaban las piraguas.
En un fondo de ensueño se abrían las bahías
Sobre las que la noche, jôyantes pedrerías
Derramaba; más léjos, tocando el horizonte,
Se erguía la elevada cúspide de un monte,
Y más allá, como una floración misteriosa,
Las islas esfumadas en tibio color rosa.

Como un lago de oro bajo un rayo escarlata
Se diría el comienzo de esa noche de plata.
Suave ruido de alas surgía del follaje
Sumergido en el claro y fulgurante encaje
De los cielos; á ratos, sobre las ondas quietas,
Cruzaban fugitivas y lánguidas siluetas,
Mientras que la violeta inclinaba su frente
Llenando de perfumes excelsos el ambiente,
Y que los aires tristes, lentos, de los marinos,
Surgían del silencio, junto á los viejos pinos.

Era una noche hermosa, amablemente pura,
Impregnada de una ritmica blancura,
Una noche apacible, luminosa, floreada,

Propicia á la armonía de una lira encantada,
Una noche ¡oh delicia! que á mi alma se aduna,
En que, como nunca, había claros de luna.

Zaida estaba á mi lado, vagamente indiscreta,
Soñaba con el oro de mi alma de poeta,
Sus ojos, frescas lilas, llenos de sueños vagos,
Se hundían en las ondas serenas de los lagos.
Su boca, era una roja y risueña granada,
Su cabellera, una luminosa cascada,
Sus manos, como tallos de lirios entreabiertos,
Su alma, como una onda llena de sueños muertos,
Sus orejas, pequeños jazmines, finos, raros,
Sus brazos, como el mármol histórico de Paros;
Como el ritmo sonoro de una antigua elegía
De su palabra, grave y dulce, la armonía,
Y como torre altiva, bajo un blanco destello,
Era la adamantina columna de su cuello.

Yo miraba sus ojos, sus manos virginales,
Sus párpados violáceos, sus mejillas liliales,
Y veía, debajo su corpiño de seda,
—De un modo semejante palpita la alameda—
Latir su seno, suave, apenas, lentamente.

El viento desleía el rumor de una fuente
Oculto bajo el lírico follaje de la hiedra
Nacida entre las grietas vetustas de la piedra.
Y Zaida abandonaba al azar sus palabras
Cuando miré sus ojos y la dije: ¿qué labras?
¿A qué dulces regiones llevas tu pensamiento?
¿De qué ignota delicia está lleno tu acento?
¿Amas las noches tristes? ¿Adoras los jazmines
Inmensos, que la noche derrama en los jardines
Policromos del cielo? ¿Sigues el vuelo leve
De las aves que pasan, ó te place la nieve
Con que la noche amable y pura se constela,
O acaso el lento esquife que los oleajes riela?
¿Del amor, de la vida musical, qué te encanta?
¿Amas el verbo alado ó la frase que canta?
¿Sientes la prodigiosa euritmia del verso?
¿Te sorprende la grave máquina del universo?
¿Percibes la serena beatitud de las cosas?
¿Te fascinan las puras auroras misteriosas?
¿Á qué hondo misterio responde tu tristeza?
¿De qué sueño imposible se llenó tu cabeza?
Por qué, cuando te nombro, cuando digo que te amo,
Contestas con el mismo evasivo reclamo?

¿Piensas en algún nuevo y lejano tesoro?
¿En la flora fecunda ó en paisajes de oro?
¿En la funambulesca expansión de la vida?
¿En alguna doliente y suprema partida?
¿Ó es que tu alma buena se abrevó en la amargura
Y que para tus ojos la luna no fulgura?
Respóndeme armoniosa y singular amiga;
Díme, hacia qué países deseas que te siga,
Hacia qué ignotas playas conduciré mi barca,
Si eres de la suntuosa tierra de algún monarca,
Si reinas en las otras almas como en la mía,
De quien tu privilegio, todo de oro se fía,
A quien en tus extraños movimientos consultas,
De qué ser invisible, si sonríes, te ocultas,
Qué silenciosas quejas en tu pecho fenecen,
Qué predestinaciones tras de tí se guarecen,
Ó por fin si eres hija del Amor ó la Muerte,
Si eres la peregrina que ama mi alma fuerte,
Ó la sacerdotisa de un ideal ignorado
Que en la lira divina busca ser revelado?
Yo soy, repuso Zaida, la mujer que te ama.
De tus evocaciones yo alimento la llama.
Admiro lo que admiras, lo que á tí te conmueve.

Diríase que una misma alba sobre ambos llueve
Su licor exquisito, y que en nosotros nacen
Auroras y crepúsculos. De lo que otros hacen
Ó piensan ó conciben, mi mente queda agena.
Tal como el Nazareno, cuya humildad me apena,
Lavaba, ante los ojos de justos é inhumanos,
Los pies, á sus queridos y frágiles hermanos,
Yo también mi alma lavo en señal de humildad
Añte tu prodigiosa y excesiva bondad.
Y callo cuando escucho que tu palabra vibra
Pensando que ella todo lo ritma y equilibra.
Siento como que nacen en mi ser muchas flores
Bajo la vespertina pompa de los colores
Que con fuertes brochazos tu palabra combina.
En mi espíritu intenso tu grandeza culmina.
Mi tristeza proviene ¡oh amador! de tí mismo.
Tu gran sabiduría obliga mi mutismo.
Con tu melancolía mi corazón comparte.
A tu lado comprendo la belleza del arte.
A tu lado me encantan, en las horas nocturnas,
De las constelaciones ¡oh luminosas urnas!
Sus movimientos que una graciosa simetría
Precede, á semejanza de una melodía.

Yo amo en tí las primeras armoniosas fragancias.
Tus largos pensamientos acortan las distancias.
Cuando mi alma sufre, cuando mi ser se oprime,
Cuando mis ojos lloran, cuando mi carne gime,
Cuando las horas trágicas lentamente desfilan
Ante mi vista atónita; cuando en mi alma destilan
Su acibar las libélulas pálidas del olvido,
Cuando calla la fuente y el pájaro en el nido,
Como cuando mi espíritu en la duda naufraga,
Necesito tu alma crepuscular y vaga.
Entonces la ternura y el amor y el encanto,
El paisaje, la luna, la piedra, el amaranto,
Todo lo que tu verbo musicalmente anima,
Todo lo que fulgura bajo tu propia rima,
Diríase que se baña en un cielo celeste.
Que toda aristocracia á tu númen se preste.
Que todas las palabras que pronuncien tus labios
Traduzcan tus ensueños complicados y sabios.
Y mientras tanto deja que mi alma se abreve
En la tuya y que cuando en mi espíritu nieve
La amargura, tu acento incomparable diga
Lo que á decir no acierta tu silenciosa amiga.

Así habló. Lentamente, sobre las aguas claras,
Los astros proyectaban sus imágenes raras.
De entre los grandes árboles florecientes, sombríos,
Alzóse una armonía que se extinguió en los ríos
Cercanos. El espacio atrajo, derrepente,
Su mirada y la mía. Melancólicamente . . .
Avanzamos, heridos por un mismo misterio,
Extraños á la humana ventura, al vituperio.
Tal como en una gruta de una antigua belleza,
Ibamos penetrando en la naturaleza,
Sintiendo en nuestras frentes alivios siderales,
Ansias irresistibles de cosas inmortales.
Al llegar á una fuente monumental y artística
Clavó en ella sus ojos mi compañera mística.
El cielo comenzaba á florecer en oro
Y la aurora á embriagarnos con su dulce tesoro.
Después de breve instante, ante un busto de yeso,
Vibró nuestro primero y delicioso beso,
Vibración armoniosa que se apagó, sin ruido,
Junto á un árbol en donde moduló su gemido
Un ave. Ante mis ojos llenos de luz suprema
Cayó entonces del cielo singular, una gema.

EL POETA Y LA SOMBRA

Grineo, sobre el mundo tiene un ánima todo.

RUBÉN DARÍO

EL POETA

Amo más que la gloria, el color de los cielos.
En sus islas de oro dormitan mis anhelos,
Como bajo las bóvedas de los templos oscuros
La oración de los mártires.

LA SOMBRA

Adoro los conjuros
Que brotan del silencio en las noches sin luna.
El misterio sus gemás á las mías aduna;

El misterio se impregna de sutiles emblemas
Y da una transparencia auroral á las gemas.

EL POETA

Yo amo como á ninguna floración la delicia
Que emerges cuando el astro de la noche se inicia.
Siento como una vaga y suprema esperanza,
Como una adormeciente y singular confianza
Bajo la gran caricia de tu pálio divino.
Allí, mi alma triste ha apurado tu vino.
Allí labra la noche sus más raros cantares
Y Primavera nieva los más blancos azahares.
Allí yo...

LA SOMBRA

¡Oh! Apolinada, levanta tu incensario;
Quema la mirra grata en mi propio santuario;
Rompe bajo mis ojos tus collares de rimas,
Haz que llenen tus cantos los valles y las cimas,
Que las desmesuradas florestas tu armonía
Repitan y que suene tu franca melodía,
Que tu voz admirable ahuyente la amargura
Y haya paz en mi alma.

EL POETA

La negra sepultura
Que yace abandonada sin lágrimas ni flores,
Bañada en una calma que no turban rumores
De orquestas, ni de hojas, ni de la voz humana,
Y que de los antiguos sepulcros es hermana,
Reposa en el silencio que tus sueños anhelan,
En el silencio que alas maravillosas rielan...

LA SOMBRA

No, no quiero el silencio de las tumbas piadosas;
Quiero el himno inefable de tu lira, las rosas
Que celebran la música de tus divagaciones;
Quiero tu verbo alado como constelaciones;
Quiero tu pensamiento que arrullan las tristezas
Legendarias del viento. Yo quiero las ternezas
Con que cantas la vida en las horas inermes;
Yo quiero las caricias con que á veces aduermes
El corazon, que presa de una pasión suspira
Y en pos de los dolores que le atormentan gira.
Yo quiero, ¡oh! inconsolable tu palabra sonora,

El eco que modulas al despertar la aurora,
Y todo lo que admiren tus ojos de vidente,
Y todas las ternuras que hay bajo tu frente.

EL POETA

Bajo tus anchos velos adivino el arcano
De lo que ha concebido el pensamiento humano.
Debajo la espesura de tus montes de sombra,
Como bajo tu vasta y secular alfombra,
Mi alma se ha arrodillado como una sensitiva
Flor humana y rezado su plegaria votiva,
Y sentido ternuras, amarguras, pasiones,
Anhelos lamentables, fecundas sensaciones,
Esperanzas, ideales, sueños inmaculados,
Y del alma y la mente frutos no madurados;
Y todo eso brotaba en confusión doliente
Para tí compañera de mi espíritu ardiente,
Para tí sola ¡oh sombra! que vendas nuestros ojos
Y quitas de los pechos heroicos los abrojos...

LA SOMBRA

Oye, suena á lo léjos música de violines.
Sus acordes son tristes. Suben por los jardines

Como almas desvalidas en las horas solemnes
Del crepúsculo, amado de los dioses perennes.
Oye cómo resbala su lírico gorjeo
Sobre el lago en silencio. Así sobre el Egeo
El amor de las flautas moría antiguamente.

EL POETA

Esa música llora un espíritu ausente.
Esa música es triste como las catedrales.

LA SOMBRA

Esa música es grande cómo los funerales.

EL POETA

¡Oh sombra! ese murmullo nacido de tu seno
Tiene no sé qué ritmo melancólico y bueno.

LA SOMBRA

No, no nacen de mi alma tan dolientes arpegios;
Diríanse melodias de los poetas regios,
Palabras desprendidas de perfumados labios,
Flores abandonadas que dicen sus agravios,

Ó quizás expansiones de penas y quimeras
Que aprovechan la calma de mis enredaderas
Para alzar sus lamentos: Mi corazón es frío.
Para él no han brotado los bálsamos de estío.
Para él los jardines no entreabren sus rosas
Ni sus alas polícromas tienden las mariposas.
Para él la suprema felicidad consiste
En amparar la queja del espíritu triste.

. . .
EL POETA

Las quejas de las harpas como los pensamientos
Tienen más armonía ritmadas por los vientos.
Y los vientos parecen sutilísimas violas
En la noche apacible.

Desfallecen las olas
Cuando el azul distante se acribilla de estrellas,
Cuando suben, apenas, las más dulces querellas
Hacia su venturanza, y cual aves heridas,
Cantan la gran tristeza de las cosas dormidas.

LA SOMBRA

Quisiera, Apolonida, tus ritmos y tus flores;
Quisiera tus tristezas, ternuras y dolores;

Quisiera tu palabra que al levantarse, canta,
Como el pájaro cuando el alba se levanta,
Y no ser yo la fuente de las dudas del hombre.
A una causa obedezco si desdeño mi nombre,
Causa incógnita y grande que mi duelo resume,
Esfinge inverosímil que á la idea consume.

EL POETA

Yo sé de los espacios las lentas geometrías,
Yo conozco la aurora primera de los días,
Yo sé por qué las nubes son de azul y de grana,
Por qué cantan las aves al llegar la mañana,
Por qué todas las almas videntes desfallecen,
Por qué nuestros ideales en el azur se mecen,
Por qué adora el artista los blancos asfodelos,
Por qué su pensamiento se remonta á los cielos,
Por qué hablan las hojas ese lenguaje extraño
Y dulce,—así la aurora con que se inicia el año—
Por qué tras del ensueño la verdad se adivina,
Por qué el sol de la tarde luminosa declina,
Y por qué hay una alma infinita y creadora
Que consuela al que sufre y bendice al que llora.

LA SOMBRA

Tú vienes, visionario, de lo desconocido;
Eres de una familia que casi se ha extinguido;
Eres el peregrinó celoso del ensueño
Y acaso de las almas el anhelado dueño.
Cómo es de saludable para tu fantasía
El aliento que exhalo cuando se muere el día.
Cómo apuras la grata copa de mi frescura
Cuándo se llena tu alma del licor amargura.
Cómo se abre tu pecho cuando la luna triste
En el éter sin mancha poco á poco se viste
De blancuras supremas. Cómo tu alma se abreva
En las caricias que ella con abandono nieva,
A la hora en que las selvas letárgicas ondulan
Y en que las misteriosas libélulas circulan.
Hora en que la existencia se apaga, lentamente,
Y en que hasta la plegaria nocturna se presiente.

EL POETA

Yo he ofrendado mi alma estival á la tarde.
Mi incienso sobre el ara de tus altares arde.
Yo soy el sacerdote de la triste penumbra.

Mi lámpara votiva está seca, no alumbrá.
Por eso amo los iris pálidos de la niebla
Y me encantan los densos pálios de la tiniebla.

LA SOMBRA

De los humanos séres, solo el vidente sabe
En qué sitio sagrado amarrará su nave.
De las cosas amadas por el insigne Hesiodo,
El poeta es el númen revelador y el todo.

EL POETA

Mi alma se ha recamado de sutiles aureolas,
—Así un jardín bordado de selectas corolas—
Cuando sobre las ondas de los lagos amables
La noche va extendiendo sus pasos impalpables.
Yo adoro extrañamente tus absurdas congojas.
Yo adivino el secreto que modulan las hojas,
Cuando sobre el imperio del orbe desparramas
Tus estandartes que hacen resplandecer las llamas.
Perdido algunas veces en las vastas praderas,
Ó errante hacia lo largo de remotas riberas,
Solo, delante el triunfo de la naturaleza,

Es cuando se ha incendiado de gloria mi cabeza.
Ese poder supremo de lo desconocido,
Ese vasto murmullo que adormece el oído,
Esa atracción oculta de muchos elementos:
—Estrellas, sombras, nubes, mares, selvas y vientos—
Ese íntimo connubio con lo que nos rodea;
¡Silencio, ante tus puertas se agiganta la idea!
Prepara en mi cerebro fecundas floraciones,
Y en mi espíritu es causa de dulces comuniones.
Pues bien: tú que me llamas inconsolable y triste,
Oh! sombra que cobijas cuanto en la vida existe,
Tú, ritmo armonioso que haces cantar la lira
Y ante cuya armonía la humanidad suspira,
Respóndeme si hay algo dentro del universo
Que no haya cincelado el oro de tu verso,
Si ha levantado un eco la voz del inspirado
Que antes tú, sabiamente, no hubieses modulado.

LA SOMBRA

Tu alma, caritativa como una fresca lila,
Perfumes solamente para el hombre destila.
Del vasto panorama que la mente interpreta
La clave, bella y múltiple, conócela el poeta.

Lo raro, lo inconcreto, lo invisible del mundo,
Acuden al llamado del gran meditabundo.
Lo que el artista egregio del pincel no adivina
Resuena en la palabra de luz adamantina.
Lo que á veces la flauta á modular no alcanza
Subyuga en tu instrumento de luz y de esperanza.
Por eso sensitivo, sigo tu vuelo augusto,
Por eso tus caricias inalcanzables gusto,
Por eso, cuando el himno de tu palabra suena,
Siento que en mi alma triste florece una azucena.

EL POETA

Yo he paseado mis sueños á través de tu duelo,
Como el cometa cruza la libertad del cielo.
Yo seguiré mi ruta, dolorosa y extraña,
Hasta trepar la enhiesta cumbre de la montaña.
Yo iré en pos del espíritu melancólico y grande,
De todo lo que dentro de tí misma se expande,
Mientras tus pabellones me ofrezcan sus caricias
Y tus sacros altares fecunden sus delicias.

LA SOMBRA

En la noche sombría, en la noche azulada,
En medio de los templos ó bajo la enramada,
Léjos de los rumores, al amor de los nidos,
Tu espíritu y el mío estarán siempre unidos.

INDICE

	<u>PÁGINA</u>
<i>DIVAGACIONES LÍRICAS</i>	
<i>Atrio</i>	7
<i>La palabra futura</i>	13
<i>Imágenes de la sombra</i>	23
<i>Invitación sentimental</i>	33
<i>Harpas lejanas</i>	37
<i>Proclamación</i>	43
<i>Noches de fiesta</i>	51
<i>Delectación</i>	59
<i>Horas de estío</i>	65
<i>Ave extraña</i>	69
<i>Epitalamio</i>	71
<i>Noche de Amor</i>	77
<i>Beatitud del silencio</i>	81
<i>Laude</i>	89

EVOCACIÓN Y CREPÚSCULO

<i>Rayo de otoño</i>	97
<i>Descso</i>	98
<i>La esperanza</i>	99
<i>En el abismo.</i> :	100
<i>Aparición.</i>	101
<i>Bajo la luna.</i>	102
<i>Confidencia</i>	103
<i>Doliente</i>	104
<i>Remember.</i>	105
<i>Invitación erótica.</i>	106
<i>Ansias seniles.</i>	107
<i>Lydia</i>	108
<i>La fe</i>	109
<i>Evocación.</i>	110
<i>Flor del mal.</i>	111
<i>Símbolo.</i>	112
<i>Vesper</i>	113
<i>Elogio</i>	114
<i>Revelación.</i>	115
<i>Celia.</i>	116
<i>Metempsicosis</i>	117
<i>Visión ilusoria.</i>	118
<i>Íntima.</i>	122
<i>Inexorable.</i>	121
<i>Al unísono</i>	123
<i>Sentimiento</i>	124

	<u>PÁGINA</u>
<i>La Raja .</i>	125
<i>Capricho . .</i>	126

CANTO DEL SOL Y DE LA TIERRA

<i>Canto del sol y de la tierra</i>	131
---	-----

ANTES DEL ALBA

<i>Diálogo en la noche .</i>	143
<i>El poeta y la sombra .</i>	151

*Terminado de imprimir por la
«Imprenta Europea» el 21 de
Noviembre de 1900,
Buenos Aires*

Imp. «Europea» de M. A. Rosas, Moreno 423